

Índice

Presentación	9
Fuentes de datos e indicadores disponibles para medir los entornos sociales y físicos de la calidad de vida en la vejez en España y México	13
<i>Sagrario Garay Villegas, Verónica Montes de Oca, Vicente Rodríguez-Rodríguez, Fermina Rojo-Pérez, Gloria Fernández-Mayoralas</i>	
Calidad de la declaración de la edad de las personas mayores en países de América Latina y el Caribe: análisis de los censos demográficos de las décadas de 1960 a 2010	53
<i>Pedro Gomes Andrade, Ana Camila Ribeiro Pereira, Kelly Cristina de Moraes Camargo, Gustavo Pedroso de Lima Brusse, Raphael Mendonça Guimarães</i>	
Vida doméstica en parejas del mismo sexo en ciudad de México y el Eje Cafetero colombiano	85
<i>Gabriel Gallego Montes, José Fernando Vasco Alzate</i>	
Evolución reciente de las uniones consensuales entre los jóvenes del Uruguay	107
<i>Wanda Cabella, Mariana Fernández Soto</i>	
Evaluación de la cobertura y el contenido en censos protoestadísticos: el caso del padrón de la ciudad y la campaña de Buenos Aires de 1827	133
<i>Luis Pablo Dmitruk</i>	
¿Qué nos dicen las proyecciones demográficas para Cuba?	165
<i>Diego Enrique González Galbán, Humberto González Galbán</i>	
Mecanismos de selectividad y destinos principales de emigrantes argentinos y venezolanos: un análisis comparado	191
<i>Ana Julia Allen González, Dimitri Fazito</i>	
Migración internacional, envejecimiento poblacional y segunda transición demográfica, ¿hacia dónde va Chile?	221
<i>Constanza Díaz Franulic</i>	

Presentación

Como ya es costumbre en esta nueva era de *Notas de Población*, la diversidad de temas y la generosidad en el número de artículos se consolida como un rasgo característico. Este número 105 está conformado por ocho artículos que abordan tanto problemas de investigación que vinculan la dinámica y el estado de la población con las dimensiones sociales, económicas y culturales como estudios abocados al análisis de las fuentes de datos para el estudio de la población, temas que por estos días son objeto de un vigoroso debate e interés.

Este número se inicia con un artículo elaborado por connotados investigadores de España y México, Sagrario Garay Villegas, Verónica Montes de Oca, Vicente Rodríguez-Rodríguez, Fermina Rojo-Pérez y Gloria Fernández-Mayoralas, quienes abordan la calidad de vida en la vejez y, específicamente, las fuentes de información disponibles para medirla. Se trata de un tema de indudable actualidad e importancia dado el momento demográfico que vive América Latina, especialmente aquellos países que están experimentando un proceso de franco envejecimiento. En su análisis a partir de los casos de España y México, los autores examinan algunos indicadores de las dimensiones sociales y físicas de la calidad de vida. Tras analizar censos y encuestas disponibles en ambos países, concluyen que, si bien México y España cuentan con información referida a las características de las personas, sus viviendas y sus hogares, sigue siendo una tarea pendiente producir información que permita visualizar a los individuos en los entornos en que se desenvuelven fuera del hogar, como la participación comunitaria y las redes de apoyo extradomésticas. Sugieren que las encuestas deberían incorporar variables a nivel individual, de los miembros del hogar, de la vivienda y del barrio con el fin de obtener un panorama más completo de la condición en que viven las personas mayores, así como la evolución de esta condición. Del mismo modo, consideran necesario incluir indicadores que tomen en cuenta la perspectiva subjetiva del individuo.

Los autores del siguiente artículo, que versa sobre la calidad de la declaración de la edad entre las personas mayores y que contó con un período de observación bastante amplio (entre 1960 y 2010), son el equipo de investigación conformado por Pedro Gomes Andrade, Ana Camila Ribeiro Pereira, Kelly Cristina de Moraes Camargo, Gustavo Pedroso de Lima Brusse y Raphael Mendonça Guimarães. Los autores comienzan destacando que, pese a que el considerable aumento de la proporción de personas mayores en la región ha sido ampliamente documentado y debatido, se le ha prestado poca atención a la calidad de la declaración de la edad por parte de ese grupo etario. Frente a esto, los autores proponen un ajuste metodológico: una modificación del índice de Whipple, tradicionalmente utilizado para medir la preferencia por los dígitos 0 y 5. Mediante un trabajo de amplia cobertura—se analizaron 72 censos de población de 20 países de América Latina y el Caribe—, los autores pudieron comprobar que la declaración de la edad había mejorado en la mayoría de los países de la región, especialmente en aquellos países donde los censos captaban la fecha de nacimiento, por lo que se observó que el método de recolección de información no era inocuo desde el punto de vista metodológico.

El tercer trabajo pertenece a los autores Gabriel Gallego Montes y José Fernando Vasco Alzate, y en él se estudian tres aspectos centrales de la vida doméstica de las parejas del mismo sexo corresidentes, en dos contextos específicos de México y Colombia. Los autores se basaron en dos encuestas biográficas retrospectivas: la primera levantada en Ciudad de México en el año 2006 y la segunda realizada en 2012 en cuatro ciudades del Eje Cafetero colombiano (Armenia, Cartago, Manizales y Pereira). Los tres aspectos de la coresidencia indagados en esta investigación fueron los aportes económicos para el sostenimiento del hogar, la toma de decisiones y la distribución de las tareas domésticas. Se encuestó a 250 hombres con prácticas homoeróticas en Ciudad de México y 408 hombres y 301 mujeres con estas características en el Eje Cafetero de Colombia. La edad de los entrevistados se situaba entre los 18 y los 55 años en ambos contextos. Los datos mostraron que, si bien existe una tendencia a la equidad, esta se ve permeada por la discusión sobre la feminización de los cuidados, de la que no escapan las parejas del mismo sexo. Los autores concluyen que la igualdad y la eficiencia no necesariamente coexisten en armonía. Mientras que algunas parejas optan por la eficiencia y no por la igualdad, otras expresan que sus relaciones son inequitativas pero justas. Un hallazgo interesante del estudio es que, si bien hay una apuesta por la igualdad en la vida doméstica en las parejas del mismo sexo, su manifestación en la cotidianidad, en buena parte de los casos, se traduce en que el trabajo doméstico y de cuidado se termina considerando como algo femenino, lo que refuerza los estereotipos de género.

El siguiente artículo, de Wanda Cabella y Mariana Fernández Soto, es un interesante análisis sobre los factores asociados a la preferencia de los jóvenes uruguayos por las uniones libres. El trabajo está orientado a destacar los cambios en el perfil de estos jóvenes, hombres y mujeres cohabitantes de entre 20 y 34 años, entre 1990 y 2015. Para tal efecto, utilizaron un enfoque descriptivo basado en información transversal obtenida de la Encuesta Continua de Hogares del Uruguay. La aproximación metodológica se complementó con modelos multivariados empleados para estimar la probabilidad de ser partícipe de una unión libre en función de diferentes atributos. Los resultados muestran que la expansión de la cohabitación es un fenómeno generacional que ha afectado de manera transversal a todos los sectores sociales. Si bien la unión libre sigue siendo más frecuente entre los sectores con bajo nivel educativo, con el paso del tiempo el gradiente social tiende a disiparse y las características demográficas (como la edad y el haber tenido hijos) cobran más importancia en la elección del tipo de unión. Las investigadoras concluyen que es necesario profundizar la investigación en torno a las características y las trayectorias de los cohabitantes, para lo cual se precisa información longitudinal y una mayor investigación cualitativa.

Una temática poco frecuente en nuestra revista, pero no por ello menos interesante, es la abordada por el artículo de Luis Pablo Dmitruk, quien acomete la tarea de evaluar de manera sistemática el padrón de la ciudad y la campaña de Buenos Aires de 1827, un censo correspondiente a la etapa conocida como protoestadística y levantado en medio de conflictos tanto internos como internacionales. Concretamente, el autor evalúa cuatro aspectos de las fuentes censales: los errores de cobertura y contenido, la omisión censal, la estructura según sexo y edad de la población y la declaración de la edad. Se obtienen los

siguientes hallazgos: en cuanto al contenido, ciertas variables como la ocupación y los años de residencia tienen un alto porcentaje de no respuesta y, por otro lado, existe un grado elevado de omisión censal; se omite a la población residente en zonas omitidas, enrolada en el ejército, o ausente por motivos indeterminados. En el artículo se analiza concretamente la omisión de niños y de varones adultos, para las que el autor plantea posibles causas: la omisión de niños es característica de los levantamientos protoestadísticos, mientras que la de los varones adultos podría deberse a que estos se ocultaban para no participar en la guerra. El autor señala por último que, una vez finalizados los conflictos, los empadronamientos retomaron el patrón equilibrado de los levantamientos anteriores.

Los investigadores Diego Enrique González Galbán y Humberto González Galbán, en su trabajo sobre proyecciones de población en Cuba, se proponen sintetizar los resultados de cuatro proyecciones demográficas realizadas utilizando el método de los componentes principales sobre la base de datos oficiales divulgados por la Oficina Nacional de Estadística e Información cubana y mediante el programa de proyecciones demográficas en Excel (PRODEX) versión 5.8 del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE)-División de Población de la CEPAL. Los autores realizaron proyecciones de la población por sexo y edades entre 2015 y 2050, la población urbana y rural entre 2015 y 2050, la población económicamente activa entre 2015 y 2030 y los hogares entre 2015 y 2030. Se expresó cada una de estas proyecciones en los diferentes niveles territoriales. Los resultados indican que hacia 2025 la población cubana llegará a un punto de inflexión que marcará el inicio del decrecimiento demográfico, a partir del cual solo crecerá la población de 60 años o más. Hacia 2030 se anticipa un descenso de la fecundidad, tanto por la disminución del número de mujeres en las edades más fecundas como por el avanzado envejecimiento poblacional general. Al mismo tiempo, se evidencia una reducción del número de efectivos que entran en la edad laboral con respecto a aquellos que salen de esta, lo que plantea complejos escenarios económicos para el país. La situación es diferencial por sexos, ya que, mientras los hombres decrecen en ambas zonas, el número de mujeres está creciendo de manera significativa en las ciudades y solo disminuye en la zona rural. Por otro lado, hay un incremento en el número de hogares, una disminución concomitante del tamaño de los mismos y una feminización de su jefatura. Finalmente, no se anticipan cambios en el grado de urbanización.

En el penúltimo artículo, Ana Julia Allen González y Dimitri Fazito abordan un tema que, si bien no es nuevo, es de gran actualidad en los debates sobre migración internacional. Se trata de la atracción de talentos mediante incentivos, que se ha traducido en un incremento de la demanda de capital humano por parte de las principales economías del mundo, dados los enormes beneficios que conlleva para los países de destino, como, entre otros, el aumento del rendimiento laboral y la productividad de las empresas. Teniendo en cuenta los datos que muestran el aumento de la emigración calificada de la región de América Latina y el Caribe, los autores se preguntan hasta qué punto esos flujos responden a la dinámica internacional de competencia por el talento. Para hallar la respuesta, analizan los casos de la República Bolivariana de Venezuela y la Argentina, dos países de América del Sur con fuertes incrementos de este tipo de flujos en los últimos años y cuyos niveles de selectividad

son altos: en el lapso de 2000 y 2001 a 2010 y 2011 los inmigrantes de origen venezolano con educación terciaria y residentes en algún país de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) aumentaron un 153,5%, y los argentinos, un 146,6%. Los autores contrastaron los principales destinos de los emigrantes calificados de cada origen (República Bolivariana de Venezuela y Argentina) con el mapa global de regímenes selectivos. Su conclusión es la siguiente: cuanto más elevada es la proporción de emigrantes calificados, mayor es el ajuste entre los destinos emigratorios y el patrón geográfico internacional de selectividad. Sin embargo, advierten que es previsible que la emergencia de un nuevo orden migratorio caracterizado por controles y discursos migratorios más restrictivos altere la direccionalidad y la composición de los flujos verificados hasta ahora.

Cierra este número el artículo de Constanza Díaz Franulic, un interesante trabajo exploratorio sobre uno de los temas de más actualidad en los estudios de población de la región. La autora se propone analizar los cambios sociodemográficos acontecidos en Chile durante el último medio siglo, abordando desde una aproximación exploratoria las dinámicas entre la migración internacional, el envejecimiento poblacional y la potencial configuración de una segunda transición demográfica. Más concretamente, la autora busca dilucidar si los cambios en la población chilena pueden ser asimilados a los experimentados por los países desarrollados. Para alcanzar dicho objetivo la autora analizó el comportamiento de la mortalidad y la fecundidad, así como su eventual convergencia con el proceso de envejecimiento poblacional, desde un enfoque comparativo con el mundo desarrollado. Incluye también un análisis de la inmigración laboral en Chile, así como un análisis prospectivo de los potenciales desequilibrios que podría generar el cambio demográfico en el mercado del trabajo. Sus principales hallazgos revelan situaciones interesantes, como la configuración en Chile de una segunda transición demográfica en ciernes, ya que, a su juicio, se satisfacen en gran medida tres de las cuatro modificaciones estructurales que, según Van de Kaa, presentan las sociedades avanzadas insertas en este proceso: un descenso de la mortalidad infantil más próximo al de los países desarrollados que al promedio regional, una fecundidad —global y por edades— por debajo del nivel de reemplazo poblacional y, además, un cambio significativo en la conformación tradicional de la familia. La modificación pendiente tiene que ver con la consolidación del país como receptor de migrantes, ya que en este sentido aún se mantiene en un nivel moderado, distante del de los países desarrollados. Por último, Díaz Franulic concluye que, si bien ya está en marcha el proceso de envejecimiento de la población chilena, así como la puesta en práctica de nuevas pautas reproductivas, el país aún no exhibe un nivel de dependencia demográfica que suponga un déficit de población en edades reproductivas y activas, lo que comprometería su capacidad de reproducción natural y económica. Por otro lado, el creciente flujo de inmigrantes de la última década, si bien no necesariamente solventa el déficit demográfico, sí estaría contribuyendo a fortalecer la fuerza de trabajo.

Migración internacional, envejecimiento poblacional y segunda transición demográfica, ¿hacia dónde va Chile?

Constanza Díaz Franulic¹

Recibido: 27/04/2017
Aceptado: 27/06/2017

Resumen

El presente trabajo se propone analizar los cambios sociodemográficos acontecidos en Chile durante el último medio siglo, abordando de manera exploratoria las dinámicas entre migración internacional, envejecimiento poblacional y la potencial configuración de una segunda transición demográfica. En particular, se pretende indagar sobre el grado en que se han desarrollado dichas modificaciones y si, por ende, podrían interpretarse como procesos análogos a los experimentados por los países desarrollados, en el marco de un sistema global de reproducción demográfica. Para tal fin, se comienza por analizar las tendencias seguidas por la mortalidad y fecundidad y su convergencia en el proceso de envejecimiento poblacional, utilizando como referencia los niveles presentados por América Latina en su conjunto y por los países desarrollados, ilustrados en el caso de España. Posteriormente, se revisará la dinámica reciente de la migración laboral en Chile, para finalizar con un análisis prospectivo de los potenciales desequilibrios que podría generar el cambio demográfico sobre el mercado del trabajo.

Palabras clave: migración internacional, envejecimiento poblacional, segunda transición demográfica, déficit de fuerza laboral.

¹ Licenciada en Ciencias Económicas, Universidad de Chile. Diplomada en Sociodemografía de las Migraciones, Universidad de Chile. Maestría en Antropología Social, Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: cdiazf@fen.uchile.cl.

Abstract

This study looks at the sociodemographic changes that have taken place in Chile in the past half century, exploring the dynamics between international migration, population ageing and the potential emergence of a second demographic transition. In particular, it seeks to uncover the extent to which these changes have evolved and if, consequently, they could be interpreted as processes similar to those experienced by developed countries, in the framework of a global system of demographic reproduction. To this end, the study analyses mortality and fertility trends and their convergence in the process of population ageing, using as a frame of reference the levels observed in Latin America overall and in the developed countries (using data from Spain). The study then reviews recent dynamics in labour migration in Chile and concludes with a prospective analysis of the potential imbalances that these demographic shifts could create in the labour market.

Keywords: international migration, population ageing, second demographic transition, labour shortages.

Résumé

Cet article a pour but d'analyser les changements sociodémographiques qui se sont produits au Chili au cours des cinquante dernières années, en adoptant une approche exploratoire des dynamiques entre les migrations internationales, le vieillissement de la population et la configuration potentielle d'une seconde transition démographique. L'auteur cherche en particulier à déterminer l'ampleur de ces changements et à savoir s'ils peuvent être interprétés comme des processus analogues à ceux que connaissent les pays développés, dans le cadre d'un système global de reproduction démographique. À cette fin, l'auteur analyse d'abord les tendances affichées par la mortalité et la fécondité et leur convergence dans le processus de vieillissement de la population, par rapport aux niveaux présentés par l'Amérique latine dans son ensemble et par les pays développés, illustrés dans le cas de l'Espagne. La dynamique récente des migrations de main-d'œuvre au Chili sera ensuite révisée pour aboutir à une analyse prospective des déséquilibres potentiels qui pourraient résulter de l'évolution démographique sur le marché du travail.

Mots clés: migration internationale, vieillissement de la population, deuxième transition démographique, déficit de main-d'œuvre.

Introducción

La fecundidad, la mortalidad y la migración son los tres componentes determinantes del crecimiento y composición de las poblaciones. Es por ello que, a partir de sus modificaciones, devienen diversas dinámicas que se insertan en la denominada transición demográfica.

Una vasta literatura describe la transición demográfica como un proceso de larga data que se desarrolla en cuatro grandes estadios: el primero, “pretransicional”, refiere a una dinámica de bajo crecimiento demográfico producto de las altas tasas de mortalidad y fecundidad; el segundo, “transicional inicial”, describe un aumento de la tasa de crecimiento poblacional a consecuencia del declive de la mortalidad y la permanencia de una alta fecundidad; el tercero, “transicional”, muestra un crecimiento demográfico que decae por la menor fecundidad y, finalmente, uno “posttransicional”, donde desciende nuevamente el crecimiento poblacional, pero asociado a bajas tasas de mortalidad y fecundidad.

Aunque el modelo de transición demográfica fue concebido como un instrumento que permitía interpretar la transformación sociodemográfica experimentada por Europa durante su industrialización, en América Latina se desarrolla un proceso que responde a mecanismos similares, pero que difiere sustancialmente en su contexto socioeconómico. Asimismo, la velocidad a la que avanza ha sido considerablemente superior, pues en tan solo medio siglo obtuvo un resultado semejante al que Europa alcanzó en dos, básicamente explicado por los progresos en medicina sanitaria y reproductiva importados desde los países desarrollados (Villa y González, 2004).

A su vez, Zavala de Cosío (1992) identifica la coexistencia de dos tipologías de transición demográfica en América Latina: una que se corresponde con el proceso europeo y que tiene lugar en el segmento social más próximo culturalmente a los patrones modernos de reproducción y otra vinculada a las pautas de reproducción tradicionales, esto es, altas tasas de nupcialidad y fecundidad. Consecuentemente, los países latinoamericanos se encuentran transitando trayectorias disímiles de este proceso; sin embargo, los datos indican que incluso los países más rezagados están experimentando una etapa moderada (CEPAL/OIJ, 2012).

En este sentido, debido a la reducción de la fecundidad y de la mortalidad en las últimas décadas, América Latina registra un envejecimiento de su población, entendido como el incremento progresivo de la proporción de personas de mayor edad en la estructura demográfica. Por una parte, el descenso de la fecundidad ha reducido paulatinamente el volumen e importancia relativa de la población joven y, por otra, la menor mortalidad—especialmente en la infancia— ha incidido en el incremento de la esperanza de vida.

En razón de ello, el Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE)-División de Población de la CEPAL ha definido cuatro etapas de la transición demográfica para clasificar a los países de la región en función de sus niveles de fecundidad y esperanza de vida (CEPAL, 2008): i) muy avanzada, ii) avanzada, iii) plena y iv) moderada. Chile, por su parte, forma parte del segundo subgrupo de la etapa de transición avanzada; al igual

que Cuba, alcanza una tasa de fecundidad por debajo del nivel de reemplazo poblacional²; comparte con la Argentina y el Uruguay una tasa de crecimiento demográfico inferior al 1% (CEPAL/OIJ, 2012), y, de acuerdo con la Organización Mundial de la Salud (OMS), era el país latinoamericano con mayor esperanza de vida media en 2015 (80,5 años).

Como expresa Canales (2015a), el modelo de transición demográfica adolece de una gran limitación, pues se cimienta sobre la dinámica de solo dos componentes demográficos —mortalidad y fecundidad— y excluye la migración. Asimismo, señala que este vacío adquiere una progresiva relevancia debido al papel que desempeña la migración internacional en la configuración de un sistema de reproducción global. En efecto, las modificaciones de las estructuras sociales y demográficas durante las últimas décadas exigen la revisión y el replanteamiento de un nuevo marco analítico de las dinámicas poblacionales. Precisamente, el progresivo envejecimiento poblacional y el surgimiento de una segunda transición demográfica constituyen su sustrato.

La segunda transición demográfica es un concepto introducido por los demógrafos Ron Lesthaeghe y Dirk van de Kaa en 1986 que, aunque no está exento de críticas, es muy utilizado para explicar la recomposición poblacional de los países desarrollados³. Tal como explica Van de Kaa (2002), la idea básica tras este modelo reside en que estos últimos habrían alcanzado una nueva etapa en su desarrollo demográfico, caracterizada por un control total sobre la fecundidad por debajo del nivel de reemplazo poblacional, generando un creciente desequilibrio demográfico que sería compensado con flujos migratorios. Según el autor, la segunda transición se vincularía, al igual que la primera, con un cambio social, asociado frecuentemente a los conceptos de posmodernización de Inglehart (1997) o la modernidad líquida de Bauman (2003). Este cambio se compone de tres dimensiones de distinta naturaleza: una estructural, relativa al progreso socioeconómico; otra cultural, que se refiere a la redefinición de los sistemas de valores, y otra tecnológica, que abarca la innovación material. El énfasis de este proceso, no obstante, se encuentra en la reestructuración de las representaciones y preferencias culturales de las personas, basada en una ideología de la individuación y autorrealización del sujeto.

Desde una perspectiva puramente demográfica, Van de Kaa (2002) identifica seis características distintivas de la segunda transición: i) disminución sustancial de la fecundidad global y por edades, con un valor máximo inferior al de reemplazo poblacional; ii) disminución de la tasa de nupcialidad asociada a un aumento de la edad media en el primer matrimonio; iii) incremento de las tasas de divorcio; iv) aumento de la cohabitación; v) crecimiento de la proporción de nacimientos extramatrimoniales, y vi) reemplazo de los métodos anticonceptivos tradicionales por otros modernos.

² Nivel de fecundidad en el cual las mujeres de la misma cohorte tienen suficientes hijos en promedio para reemplazarse a sí mismas y a una pareja.

³ Una crítica interesante al modelo de segunda transición demográfica se encuentra en Coleman (2004).

A pesar de ello, es evidente que las condiciones sociales, económicas y culturales a las que se enfrentan los individuos determinan sus posibilidades de incorporar nuevos patrones conductuales y, por tal razón, este proceso se ha mostrado de manera dispar incluso entre los países desarrollados.

De este modo, aunque las sociedades desarrolladas presentan patrones demográficos versátiles, todas convergerán en cuatro modificaciones estructurales: i) disminución de la mortalidad, ii) disminución de la fecundidad, iii) redefinición del modelo de familia y iv) transformación en países receptores de inmigración.

Considerando los cambios sociodemográficos que se producen en las sociedades modernas, cabe preguntarse cómo y en qué grado la migración internacional se interrelaciona con ellos. En este sentido, Canales (2015a) plantea que, aunque estructuralmente diferenciadas, las dinámicas demográficas de los países de destino y de origen (desarrollados y en desarrollo) se complementan a través de la migración internacional, configurando un sistema global de reproducción demográfica.

Además, Canales (2016) argumenta que la migración internacional contribuye demográfica y socialmente a la reproducción del sistema económico actual y, con ello, a la acumulación global del capital. En términos demográficos, aportaría la mano de obra necesaria para sustentar la actividad económica en los países receptores, compensando el déficit de fuerza de trabajo generado por el envejecimiento poblacional de la primera transición demográfica, que se conjuga con un crecimiento natural negativo en aquellos países que ya se sitúan en la segunda. En términos sociales, la migración contribuye con una mano de obra reproducida a bajos costos, que se inserta en el mercado laboral sometida a condiciones de alta vulnerabilidad. En términos de Sassen (2007), la polarización socioeconómica que el proceso de reestructuración de las ciudades globales acarrea ha incrementado la demanda de empleos precarizados, tradicionalmente ocupados por inmigrantes. A su vez, esta transferencia de fuerza laboral precarizada se sostiene sobre un sistema transnacional de redes de apoyo que cumple un doble papel: i) facilitador de la movilidad, minimizando costos y riesgos asociados al desplazamiento e inserción sociolaboral de los migrantes en la sociedad de destino, y ii) canalizador de la reproducción social de los migrantes y sus familias, al posibilitar el flujo recíproco de recursos materiales e inmateriales (Canales, 2016).

En este contexto, el caso de España resulta bastante ilustrativo pues, aunque con una cronología y un ritmo diferente al de Chile, reúne las condiciones sociodemográficas que lo transforman en un referente útil para comprender los procesos que aquí se describen. En efecto, como muestra el trabajo de Canales (2015a), la afluencia latinoamericana a este país⁴ pone de manifiesto el papel de los migrantes en la reproducción social y demográfica de las

⁴ Desde fines de la década de 1980, los países del sur de Europa se transforman en países de inmigración. La tasa de migración neta en España (por 1.000 habitantes) pasó de -0,3 a 1,6 entre 1985 y 1995, para aumentar progresivamente hasta 13,4 en 2005, superando ampliamente lo experimentado por su zona que, en conjunto, pasó de -0,4 a -0,2, hasta alcanzar los 5,8, en el mismo período (Naciones Unidas, 2015).

sociedades desarrolladas, con bajas tasas de fecundidad y más envejecidas⁵, compensando los vacíos de población en edad activa a través de su inserción en ocupaciones asociadas a la reproducción, como el trabajo doméstico y del cuidado (Cabré y Domingo, 2002).

En función de lo anterior, el presente trabajo se propone analizar los cambios sociodemográficos ocurridos en Chile durante el último medio siglo, abordando de manera exploratoria las dinámicas entre migración internacional, envejecimiento poblacional y la potencial configuración de una segunda transición demográfica. En particular, se pretende indagar sobre el grado en que se han desarrollado dichas modificaciones y si, por ende, podrían interpretarse como procesos análogos a los experimentados por los países desarrollados, en el marco de un sistema global de reproducción demográfica. Para tal fin, se realiza un análisis descriptivo y comparativo de las tendencias seguidas por la mortalidad y fecundidad, y su convergencia en el proceso de envejecimiento poblacional, utilizando como referencia los niveles presentados por América Latina en su conjunto y por los países desarrollados, representados en el caso de España. Posteriormente, se revisará la dinámica reciente de la migración laboral en Chile, para finalizar con un análisis prospectivo de los potenciales desequilibrios que podría generar el cambio demográfico sobre el mercado del trabajo.

A. Tendencias demográficas en Chile durante el último medio siglo: un análisis comparado

1. Mortalidad

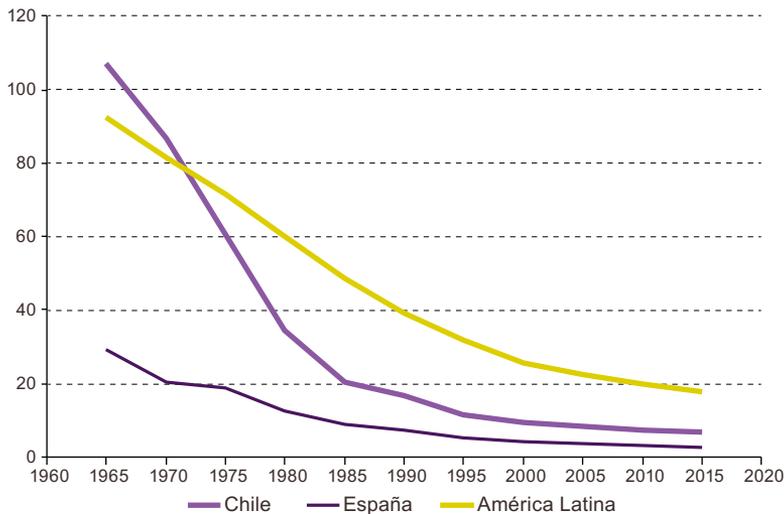
De acuerdo con Chackiel (2004), el acelerado descenso de la mortalidad experimentado por América Latina se debe a la mejora de los estándares de vida de la población y, en especial, a los progresos en medicina y la mayor cobertura de los servicios de salud.

Asimismo, el desempeño de Chile en esta materia ha sido notable. Entre 1965 y 2015, la mortalidad general se redujo de 10,6 a 6,1 defunciones por 1.000 habitantes; sin embargo, la mortalidad infantil ha experimentado un descenso más pronunciado, ya que cayó un 93,7% en esos 50 años. Como se observa en el gráfico 1, a mediados de la década de 1960 Chile registraba una tasa de mortalidad infantil superior al promedio latinoamericano, pero en tan solo una década logró invertir esta diferencia; si en 1965 morían 107,1 menores de un año por cada 1.000 nacidos vivos, en 1975 la cifra se redujo a 60,6, lo que representa una disminución del 43,4%. En América Latina, en tanto, disminuyó de 92,7 a 71,4 en el mismo período, esto es, una reducción del 23%.

⁵ Se revisará en detalle en las secciones siguientes.

Para situar a Chile en el contexto demográfico de los países desarrollados, el caso de España resulta bastante ilustrativo. Como puede observarse en el gráfico 1, en 1965 España registraba 29,5 defunciones de menores de un año por cada 1.000 nacidos vivos, mientras que Chile y América Latina triplicaban con creces esta tasa. Hacia 2015, España alcanza una mortalidad infantil de 2,7 y América Latina una de 17,8 (similar al nivel que exhibía Chile a fines de la década de 1980), mientras que Chile, con una tasa de 6,7, se ubicaba 4 puntos sobre España y 11 puntos bajo el promedio regional. Así, aunque el descenso de este indicador ha sido generalizado, actualmente Chile presenta un nivel de mortalidad infantil más próximo al de los países desarrollados que al promedio regional, contrario a lo que ocurría en las décadas de 1960 y 1970.

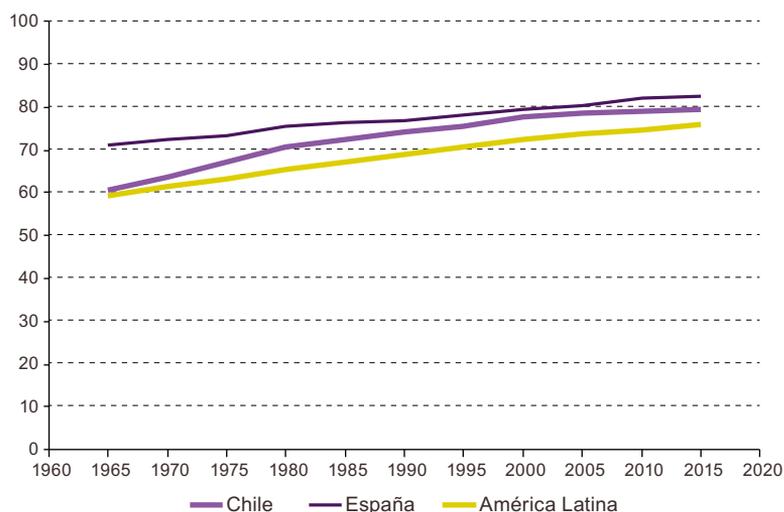
Gráfico 1

Chile, España y América Latina: tasa de mortalidad infantil, 1965-2015*(En número de defunciones de menores de un año por cada 1.000 nacidos vivos)*

Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Instituto Nacional de Estadísticas de Chile (INE), Instituto Nacional de Estadística de España (INE), Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE)-División de Población de la CEPAL, “Estimaciones y proyecciones de población a largo plazo 1950-2100: Revisión 2015”, Santiago, 2015.

La disminución de la mortalidad —infantil, en particular— tiene su correlato en el incremento de la esperanza de vida al nacer que, en América Latina, se debe en gran parte a la reducción de la mortalidad en edades tempranas y, aunque persisten diferencias significativas entre países producto del alto grado de inequidad socioeconómica, se observa una convergencia hacia menores niveles (CEPAL, 2014). Como se aprecia en el gráfico 2, entre 1965 y 2015, Chile —que ha superado persistentemente el promedio latinoamericano e incluso ha triplicado esta distancia, de 1,3 a 3,8 años— ganó dos décadas en el promedio de vida de su población, pasando de 60,6 a 79,7 años. Asimismo, ha reducido más de un tercio la brecha que lo separaba de España, que ha pasado de 10,6 a tan solo 3 años entre 1965 y 2015.

Gráfico 2
Chile, España y América Latina: esperanza de vida al nacer, 1965-2015
 (En años)



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Instituto Nacional de Estadísticas de Chile (INE)/Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), *Chile: Proyecciones y Estimaciones de Población. Total País 1950-2050*, Santiago, 2002; Naciones Unidas, *World Population Prospects: The 2015 Revision*, Nueva York, 2015; Instituto Nacional de Estadística de España (INE); Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE)-División de Población de la CEPAL, “Estimaciones y proyecciones de población a largo plazo 1950-2100: Revisión 2015”, Santiago, 2015.

2. Fecundidad

Tras el descenso de la mortalidad, los niveles de fecundidad de América Latina han experimentado un notable declive y, aunque con formas heterogéneas según el país, este fenómeno se aprecia con mayor intensidad que en otras regiones. En efecto, entre 1965 y 2015, la región pasó de registrar una tasa global de fecundidad (TGF)⁶ de 5,6 (por encima del promedio mundial: 4,9) a 2,0 (bajo el promedio mundial: 2,5, y el nivel de reemplazo poblacional: 2,1), mientras que Europa bajó de 2,4 a 1,6. En otras palabras, el nivel de fecundidad que hoy exhibe América Latina es similar al que tuvo Europa en la década de 1980.

Según Chackiel (2004), el factor desencadenante del descenso de la fecundidad en Europa fue la menor nupcialidad, mientras que en América Latina fue la anticoncepción. A su vez, la intensificación de este proceso en Europa se produce en el marco de la “segunda revolución contraceptiva” (Zavala de Cosío, 1992), mismo momento en que ocurre el descenso en América Latina (Chackiel, 2004)⁷. Asimismo, en Europa se suman factores

⁶ Número medio de hijos que tendría una mujer de una cohorte hipotética de mujeres que durante su vida fértil tuvieran sus hijos de acuerdo a las tasas de fecundidad por edad del período en estudio y no estuvieran expuestas a riesgos de mortalidad desde el nacimiento hasta el término del período fértil.

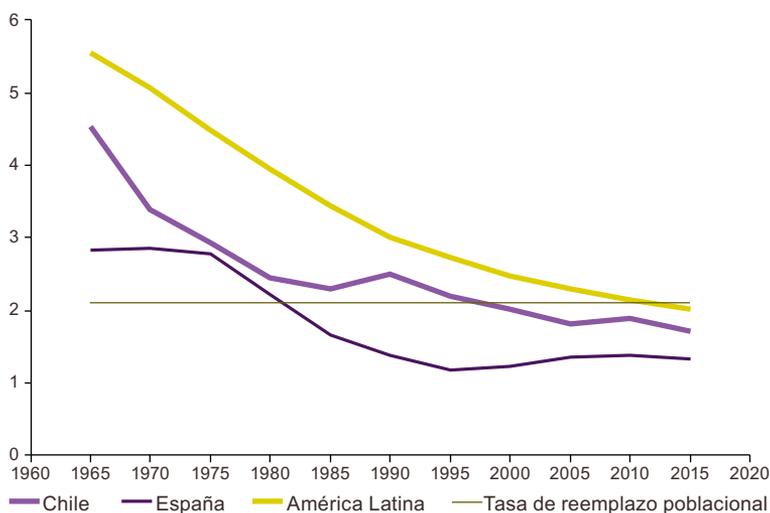
⁷ De acuerdo a Zavala de Cosío (1992), la segunda revolución contraceptiva corresponde a la difusión de métodos anticonceptivos modernos, sumada a la legalización del aborto en muchos países europeos a mediados de la década de 1960.

que han reducido la fecundidad incluso por debajo del tamaño de la familia deseada y se expresan en el retraso en la edad de la maternidad, la infertilidad involuntaria y el incremento de mujeres que no quieren tener hijos (Bongaarts, 2001).

Como puede observarse en el gráfico 3, durante las últimas cinco décadas Chile ha mantenido niveles de fecundidad por debajo del promedio regional, y estos han descendido sistemáticamente —con la incorporación de la planificación familiar en las políticas de salud pública a mediados de la década de 1960⁸—, aunque a una tasa menos acelerada, aproximándose a los de países desarrollados⁹. En efecto, la TGF de Chile desciende gradualmente desde 4,5 en 1965 hasta un nivel inferior al de reemplazo poblacional en 2015 (1,7), apenas por debajo del promedio latinoamericano (2,0) y próximo al que muestra España (1,3).

Como se mencionó, la disminución de la TGF bajo el nivel de reemplazo poblacional y la tendencia a estabilizarse sobre él es una característica que exhiben algunos países que se han adentrado en la segunda transición demográfica. En el contexto latinoamericano, solo Cuba, tres décadas atrás, y Chile, desde hace 15 años, la han alcanzado.

Gráfico 3
Chile, España y América Latina: tasa global de fecundidad, 1965-2015
(En número de hijos por mujer)



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Instituto Nacional de Estadísticas de Chile (INE), Instituto Nacional de Estadística de España (INE), Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE)-División de Población de la CEPAL, “Estimaciones y proyecciones de población a largo plazo 1950-2100: Revisión 2015”, Santiago, 2015; Naciones Unidas, *World Population Prospects: The 2015 Revision*, Nueva York, 2015.

⁸ Según señala el decreto núm. 48 del Ministerio de Salud, en 1967 se formuló la Política de Población y de Salud Pública, que ha regido desde entonces las actividades de regulación de la fecundidad en Chile.

⁹ Entre 1965 y 2015, la TGF de Chile desciende de 4,5 a 1,7, experimentando un declive del 62%, mientras la media latinoamericana baja de 5,6 a 2,0, disminuyendo un 63,6%.

Junto al descenso de la fecundidad global, la segunda transición demográfica se expresa, además, en el comportamiento reproductivo por edades (Canales, 2013) y, más precisamente, en la disminución de la fecundidad entre las mujeres jóvenes (Van de Kaa, 2002).

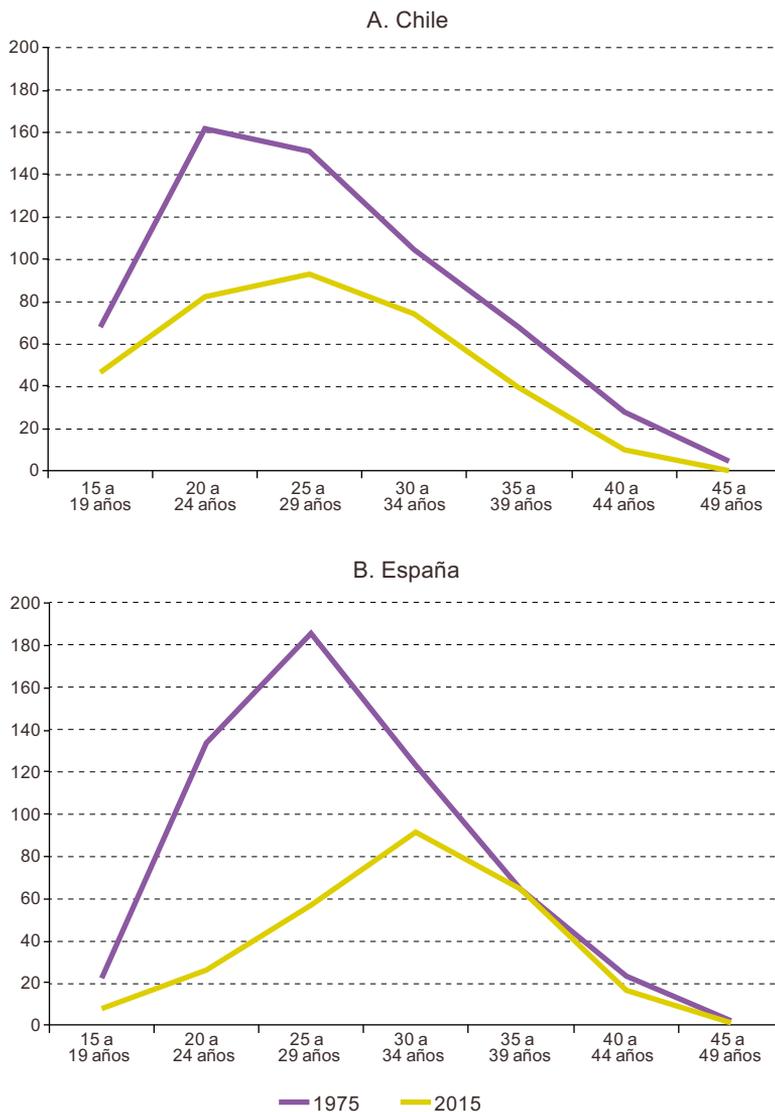
Para Camisa (1975), el tipo de cúspide de la curva de fecundidad por edades está determinado por aquel grupo etario que exhibe la mayor tasa. A partir de allí se clasifica en tres categorías: i) “temprana”, cuando la máxima fecundidad ocurre entre los 20 y 24 años; ii) “tardía”, cuando se observa entre los 25 y 29 años, y iii) “dilatada”, cuando se presenta entre los grupos de 20 a 24 años y de 25 a 29 años, con valores muy similares entre ambos y notoriamente disímiles de los tramos adyacentes. Se incorporan dos subcategorías para aquellos países de alta fecundidad¹⁰; sin embargo, de acuerdo a los parámetros allí considerados, Chile responde a un patrón de baja fecundidad, esto es, una tasa bruta de natalidad inferior a 30 por cada 1.000 habitantes y una tasa bruta de reproducción inferior a 2. En efecto, ya en 1975 Chile presentaba una tasa bruta de natalidad de 22,9 y una tasa bruta de reproducción de 1,4.

Como se muestra en el gráfico 4A, la altura de la curva de fecundidad por edades de Chile en 1975 es superior a la de 2015, lo que refleja el descenso generalizado de los niveles de reproducción, en tanto que esta última no solo se allana, sino que también ha dilatado y desplazado su cúspide hacia la derecha. Si bien no es posible afirmar una plena modificación del patrón reproductivo, Chile ha transitado desde una estructura de fecundidad dilatada en 1975, con una fecundidad máxima entre los 20 y los 24 años seguida estrechamente de la presentada entre los 25 y los 29 años (cúspide dilatada en dos puntos), a otra igualmente dilatada en 2015, pero notoriamente más tardía, pues la mayor tasa se registra entre los 25 y los 29 años, luego entre los 20 y los 24 años, y cobra relevancia el segmento de 30 a 34 años (cúspide dilatada en tres puntos).

Si se contrasta el caso de Chile con el de España es posible notar que este último presentaba en 1975 un patrón reproductivo característicamente tardío, incluso con tasas de fecundidad más elevadas que las registradas por Chile. Sin embargo, en 2015 la mayor fecundidad se observa entre las mujeres de 30 a 34 años y luego en el grupo de 35 a 39 años, reflejando una estructura reproductiva sumamente tardía.

¹⁰ Según Camisa (1975), en los países de alta fecundidad los tipos de cúspide temprana y tardía responden a dos características: A y B. Para la fecundidad temprana, el valor máximo se concentra entre los 20 y los 24 años. Se clasifica como A cuando el grupo de 15 a 19 años tiene valores superiores al de 25 a 29 años y como tipo B en el caso inverso. Para la fecundidad tardía, el valor máximo se concentra entre los 25 y los 29 años. Se clasifica como A cuando existe simetría entre los valores correspondientes a las edades de 20 a 24 y de 30 a 34 años y como tipo B cuando existe escasa simetría.

Gráfico 4
Chile y España: tasas específicas de fecundidad, por edad de la madre, 1975-2015
 (En número de hijos por cada 1.000 mujeres)



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Instituto Nacional de Estadísticas de Chile (INE), Instituto Nacional de Estadística de España (INE), Naciones Unidas, *World Population Prospects: The 2015 Revision*, Nueva York, 2015.

De acuerdo con Van de Kaa (2002), las sociedades modernas presentan una serie de cambios sociales que conllevan modificaciones en el comportamiento reproductivo y en la estructura familiar tradicional. En este ámbito, Chile también ha experimentado importantes transformaciones, entre las que destacan el descenso de la tasa de nupcialidad,

que ha disminuido a menos de la mitad desde 1990, el aumento de las uniones consensuales, la promulgación de la Ley de Matrimonio Civil en 2004 y el incremento de los hogares monoparentales con jefatura femenina.

3. Envejecimiento demográfico

Como se ha indicado, las modificaciones de la mortalidad y fecundidad están conduciendo a Chile, así como al resto de América Latina, a un progresivo envejecimiento poblacional.

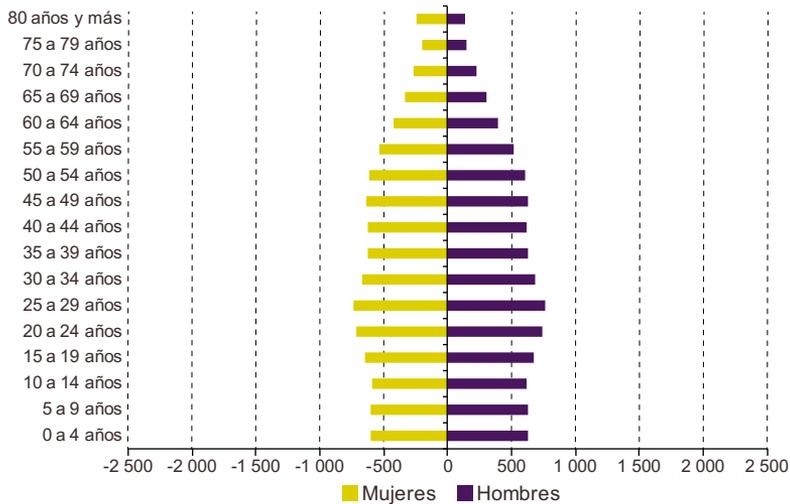
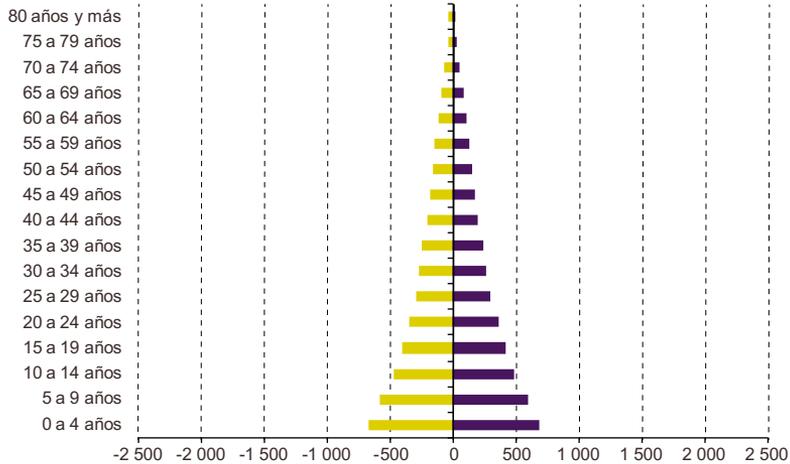
Desde un punto de vista gráfico, a medida que la transición demográfica avanza, la pirámide poblacional de la primera fase —altas tasas de fecundidad y mortalidad—, de base extensa y cúspide pronunciada, va sufriendo sucesivas modificaciones que se corresponden con los cambios experimentados por dichas variables en el tiempo, tendiendo a una forma cada vez más rectangular que podría invertir su forma inicial (Chesnais, 1990).

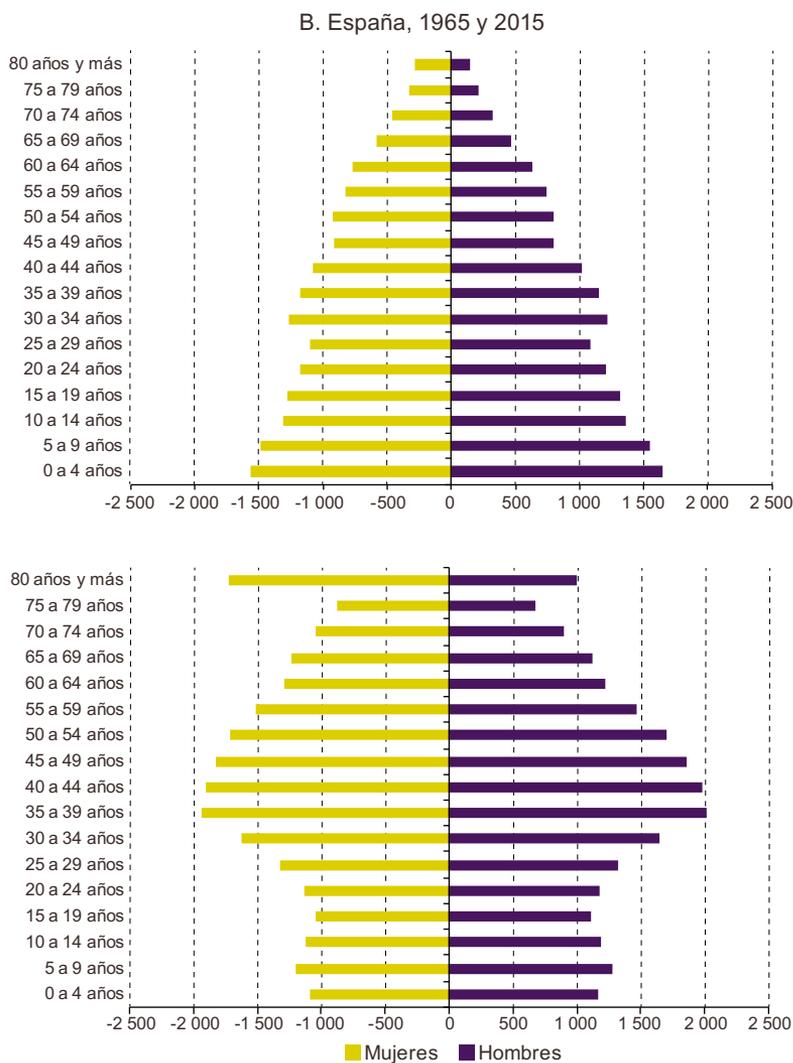
En el caso de Chile, si se observa la estructura poblacional del año 1965 (véase el gráfico 5A), en un contexto de altas tasas de mortalidad y fecundidad, se identifican claramente los rasgos piramidales tradicionales (pirámide “progresiva”). Sin embargo, en 2015, el descenso de las tasas de fecundidad se evidencia en un estrechamiento de la base, debido a la contracción de los grupos más jóvenes, así como un notorio engrosamiento de la parte central, como consecuencia del incremento de los grupos en edades activas, que a su vez es resultado de la alta fecundidad del pasado reciente, y un incipiente ensanchamiento de la cúspide, producto de la menor mortalidad, que tiene su correlato en una mayor esperanza de vida. En efecto, en 1965 los menores de 15 años representaban un 40,5% de la población total, mientras las personas mayores de 65 años, solo el 4,9%. En 2015, en tanto, el primer grupo conforma el 20,4% y el segundo, el 10,3%. En otras palabras, en esos 50 años la representación de la población joven se redujo a la mitad, mientras que la de adultos mayores se duplicó. Así, en la actualidad, la pirámide poblacional de Chile ha adquirido una particular forma de “jarrón” (o “estacionaria”); no obstante, muestra sus primeros síntomas de transformación hacia una de tipo “regresiva”. Según las proyecciones del CELADE-División de Población de la CEPAL, esta particular forma podría configurarse en dos decenios más.

Como se observa en el gráfico 5B, la trayectoria demográfica de España comienza con una situación similar a la que exhibe Chile en la actualidad; en 1965, los menores de 15 años representaban el 27,7% de la población total de España, mientras que las personas mayores de 65 años el 8,7%. En 2015, al contrario de Chile, la importancia relativa entre ambos grupos se ha invertido, constituyendo un 15,2% y un 18,5%, respectivamente. En efecto, la pirámide poblacional de España en 2015 se visualiza como una especie de “bulbo”, en que resalta la generación del auge de la natalidad (baby boom), así como el flujo extraordinario de inmigrantes.

Gráfico 5
Chile y España: pirámide poblacional, 1965 y 2015
 (En miles de personas)

A. Chile, 1965 y 2015





Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Instituto Nacional de Estadísticas de Chile (INE), Instituto Nacional de Estadística de España (INE), Naciones Unidas, *World Population Prospects: The 2015 Revision*, Nueva York, 2015.

Para ilustrar más claramente el proceso de envejecimiento en Chile, se analizará el índice de envejecimiento y el índice de dependencia demográfica.

Según la CEPAL (2008), el índice de envejecimiento expresa la capacidad y ritmo de renovación de una población; de este modo, cuanto más alto es su valor, más se reduce¹¹. En el caso de Chile, los datos son elocuentes y, tal como se observa en el gráfico 6, el índice de envejecimiento muestra un incremento sostenido, que se distancia progresivamente

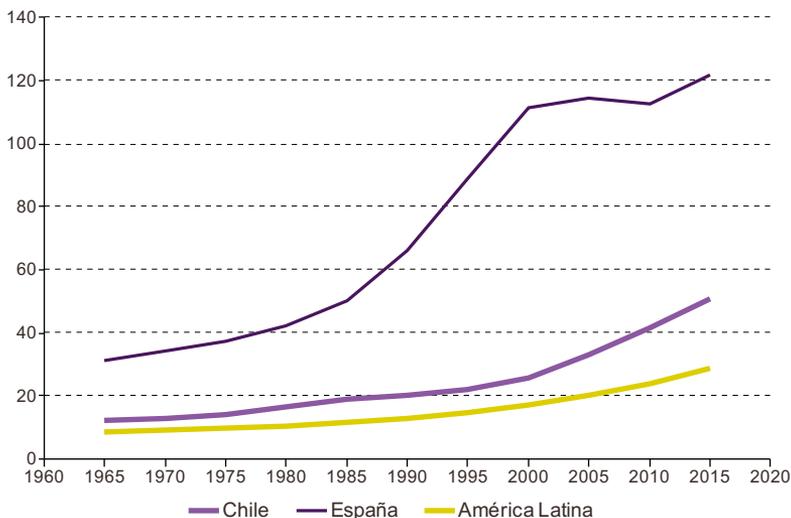
¹¹ Se calcula como cociente entre la población de 65 años y más con respecto a los menores de 15 años.

del promedio latinoamericano. Entre 1965 y 2015, Chile pasa de una relación de 12,2 a 50,7 adultos de 65 años y más por cada 100 menores de 15 años. En otras palabras, hoy la cantidad de jóvenes duplica a la de personas mayores.

España, en tanto, si bien inicia el mismo período con un índice ligeramente superior al doble del observado en Chile (31,4 en 1965), a medida que envejece a una tasa más acelerada, invierte la relación desde fines de la década de 1990; hoy registra poco más de 120 adultos de 65 años o más por cada 100 menores de 15 años, es decir, la población mayor supera por un 20% a la población joven.

Con ello, el panorama demográfico de envejecimiento en Chile es muy similar al exhibido por España en la década de 1980 y, de acuerdo a las proyecciones del CELADE-División de Población de la CEPAL, los niveles que muestra este último en la actualidad podrían alcanzarse entre 2025 y 2030.

Gráfico 6
Chile, España y América Latina: índice de envejecimiento, 1965-2015
(En porcentajes)



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Instituto Nacional de Estadísticas de Chile (INE), Instituto Nacional de Estadística de España (INE), Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE)-División de Población de la CEPAL, "Estimaciones y proyecciones de población a largo plazo 1950-2100: Revisión 2015", Santiago, 2015; Naciones Unidas, *World Population Prospects: The 2015 Revision*, Nueva York, 2015.

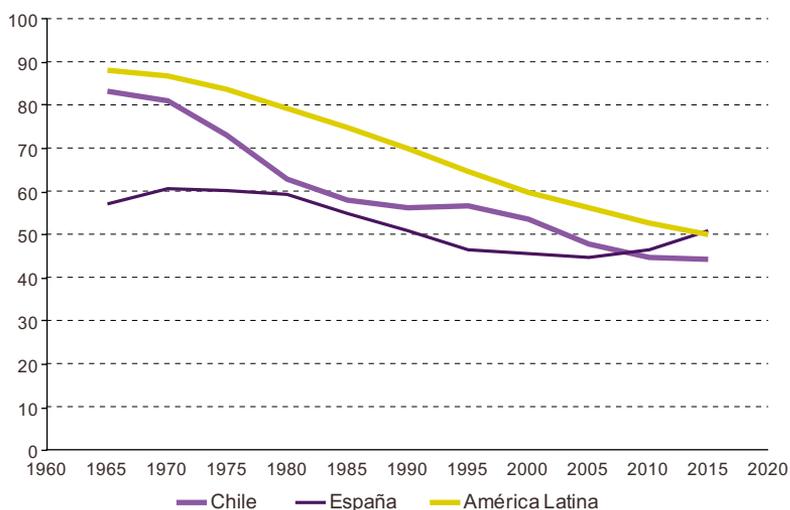
Más allá de los cambios en la composición etaria de la población, el proceso de envejecimiento trae consigo importantes efectos socioeconómicos. Desde esta perspectiva, resulta relevante evaluar el índice de dependencia demográfica, definido por el CELADE-División de Población de la CEPAL como una relación de dependencia económica potencial, que mide la población en edades pasivas respecto de la población potencialmente activa¹².

¹² Se calcula como el cociente entre los menores de 15 años más los mayores de 65 años, respecto de la población de 15 a 64 años.

Como se observa en el gráfico 7, tanto Chile como América Latina muestran una progresiva disminución de la relación de dependencia demográfica, pero los niveles de Chile han sido persistentemente inferiores a los del promedio regional. Esta tendencia es expresión del denominado “bono demográfico” que refiere al descenso sostenido del índice de dependencia demográfica —debido a la reducción del peso relativo de la población más joven, al mismo tiempo que crece transitoriamente la población en edad activa y se incrementa progresivamente la importancia de la población mayor— hasta mínimos históricos, proporcionando una gran oportunidad para incrementar el ahorro y el crecimiento económico (CEPAL/OIJ, 2012).

Chile, en tanto, se encontraría transitando por una fase más favorable que el conjunto de la región, pues hasta 2015 registra una relación de dependencia demográfica de 44,3 personas en edad pasiva por cada 100 en edad activa, mientras que América Latina alcanza las 50,3. España muestra la tendencia contraria, pues su índice de dependencia demográfica cae paulatinamente desde 1970 hasta 2005 y luego retoma su crecimiento, alcanzando un nivel de 50,8 en 2015.

Gráfico 7
Chile, España y América Latina: índice de dependencia demográfica, 1965-2015
(En porcentajes)



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Instituto Nacional de Estadísticas de Chile (INE), Instituto Nacional de Estadística de España (INE), Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE)-División de Población de la CEPAL, “Estimaciones y proyecciones de población a largo plazo 1950-2100: Revisión 2015”, Santiago, 2015; Naciones Unidas, *World Population Prospects: The 2015 Revision*, Nueva York, 2015.

B. Migración laboral en Chile

En este apartado se describe el proceso de migración —laboral, particularmente— vivido en Chile en las últimas décadas. Para ello, se utilizan como fuentes de información los Censos Nacionales de Población y Vivienda de 1992 y 2002 y la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN) de 2015, que sustituye al fallido censo de 2012. Es importante tener en consideración que ambos instrumentos —los censos y la encuesta CASEN— no son directamente comparables, lo que reviste cierta complejidad. Si bien el diseño muestral de la encuesta CASEN de 2015 fue desarrollado sobre la base del Censo Nacional de Población y Vivienda de 2002, al tratarse de una encuesta, es probable que contenga un sesgo tal que la comunidad inmigrante podría estar subrepresentada. No obstante, dada la dificultad de contar con una fuente que permita cuantificar y proyectar la dinámica migratoria del país, esta constituye una buena alternativa para esbozar tendencias, por la semejanza de las preguntas y su representatividad a nivel nacional¹³.

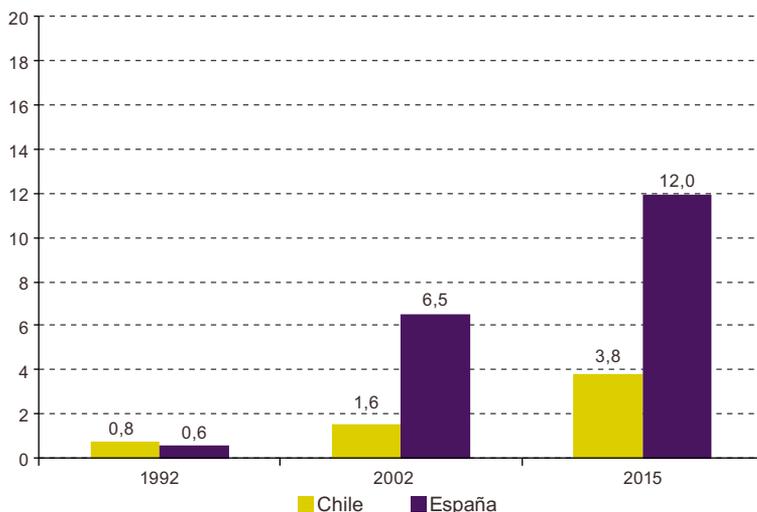
Según la encuesta CASEN de 2015, la proporción de inmigrantes asciende a un 2,7% de la población total de Chile, mientras que, en el mismo año, España registra un 12,7%. Sin embargo, en términos laborales, su importancia crece: en 1992 los inmigrantes representaban apenas un 0,8% de la fuerza laboral local; en 2002 este aporte se duplicó, alcanzando un 1,6%, y en 2015 se quintuplicó hasta constituir un 3,8% (véase el gráfico 8).

Aunque el crecimiento de la fuerza laboral inmigrante en Chile es un hecho indiscutible, en términos proporcionales se encuentra muy por debajo del nivel que experimentan los países desarrollados. Así, en España es posible visualizar un fenómeno mucho más intenso: en 1992, la inmigración laboral era tan marginal como en Chile (0,6%), en 2002 se incrementó más de diez veces (6,5%) y en 2015 ya alcanzaba el 12% de la fuerza laboral, esto es, cuatro veces más que la presentada en Chile.

Si se desagrega la fuerza laboral inmigrante en Chile conforme a su origen (véase el gráfico 9), se observa cómo, entre 1992 y 2015, esta ha experimentado un notable proceso de homogeneización hacia un carácter latinoamericano, que se explica por el mayor predominio sudamericano y el prominente flujo de inmigrantes de Centroamérica y el Caribe. Los inmigrantes laborales provenientes de América Latina pasan de representar un 50% a un 89,6% entre 1992 y 2015. Los inmigrantes sudamericanos, que en 1992 ya constituían la primera fracción (47,8%), en 2015 prácticamente la duplican (82,6%), mientras que los centroamericanos y caribeños triplican con creces su flujo laboral, pasando de un 2,2% a un 7% en el mismo período. La representación de las regiones restantes se contrae (a excepción de Oceanía, que muestra un leve repunte); destacan los europeos, que en 1992 suponían el 32,4% de la fuerza de trabajo inmigrante, pero actualmente apenas alcanzan un 5,3%.

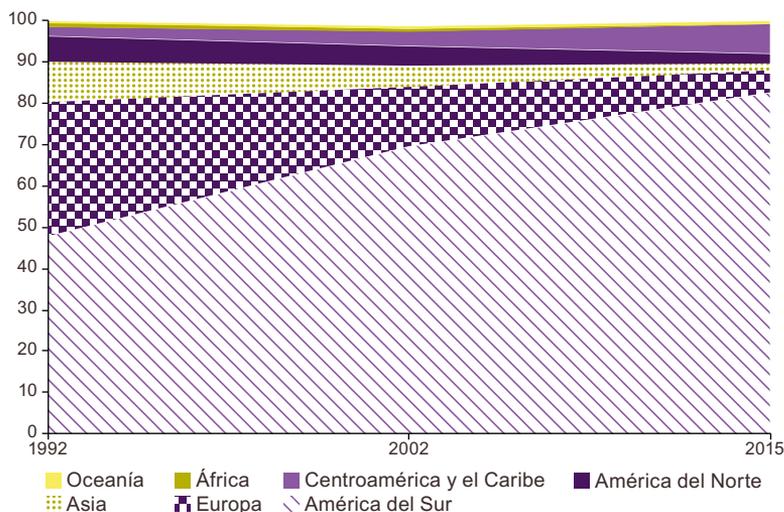
¹³ A efectos de la encuesta CASEN (2006-2015), se entiende por población inmigrante internacional a las personas de hogares residentes en viviendas particulares ocupadas cuya madre residía en otro país al momento de nacer, es decir, se aplica el criterio de “migración de toda la vida”, el mismo que utiliza el Instituto Nacional de Estadísticas (INE) para medir la migración internacional en censos, a través de la pregunta “lugar de nacimiento”. El diseño de la encuesta CASEN de 2015 consiste en una muestra —de 82.370 viviendas distribuidas en 324 comunas— representativa a nivel nacional, regional y para 139 comunas compuestas por capitales regionales y provinciales y otras comunas que en conjunto concentran el 80% o más de la población de viviendas de cada región.

Gráfico 8
Chile y España: proporción de inmigrantes en la fuerza de trabajo, 1992, 2002 y 2015
 (En porcentajes)



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Instituto Nacional de Estadísticas de Chile (INE), Censo Nacional de Población y Vivienda 1992, Censo Nacional de Población y Vivienda 2002, Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN) 2015; Instituto Nacional de Estadística de España (INE).

Gráfico 9
Chile: composición de la fuerza de trabajo inmigrante, según continente de origen, 1992, 2002 y 2015
 (En porcentajes)

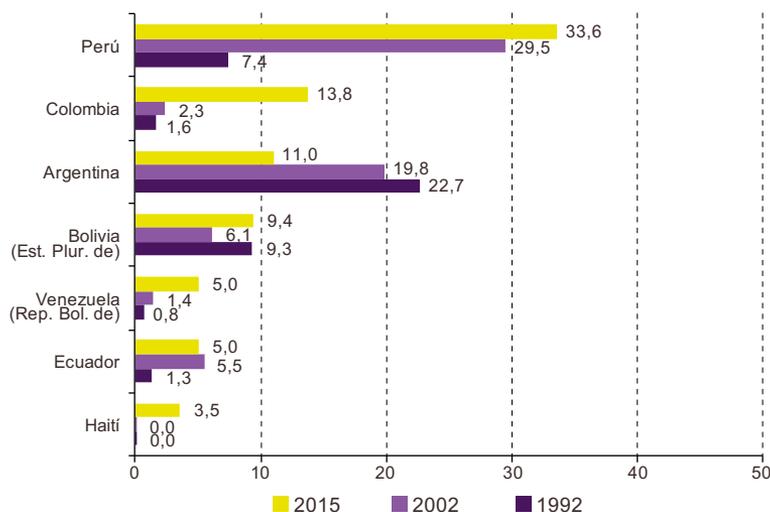


Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Instituto Nacional de Estadísticas de Chile (INE), Censo Nacional de Población y Vivienda 1992, Censo Nacional de Población y Vivienda 2002, Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN) 2015.

Si se desagrega el origen de los inmigrantes laborales en función de las comunidades con mayor presencia en 2015 (véase el gráfico 10) y en concordancia con lo mencionado, la mayor proporción de extranjeros económicamente activos proviene de países latinoamericanos. El Perú constituye la principal fuente laboral inmigrante (33,6%), seguido de Colombia (13,8%), la Argentina (11%), el Estado Plurinacional de Bolivia (9,4%), la República Bolivariana de Venezuela (5%), el Ecuador (5%) y Haití (3,5%).

En relación con la fuerza laboral inmigrante en 1992, se observa un extraordinario crecimiento de la comunidad peruana, que pasa de ser la cuarta más importante —con una representación del 7,4%— a ser la primera en poco más de dos décadas. Lo mismo ocurre con Colombia, la República Bolivariana de Venezuela, el Ecuador y Haití que, con participaciones marginales en 1992, del 1,6%, 0,8%, 1,3% y 0,03%, respectivamente, hoy constituyen un peso relevante dentro de la masa laboral extranjera. La Argentina y el Estado Plurinacional de Bolivia, aunque disminuyen su importancia relativa —la Argentina pasa de constituir la primera comunidad laboral inmigrante en 1992 a ser la tercera en 2015, mientras que el Estado Plurinacional de Bolivia pasa de ser la tercera a la cuarta en el mismo período—, se mantienen dentro de los principales países de origen de la mano de obra extranjera residente en Chile. Finalmente, las comunidades provenientes de España, Alemania e Italia —segunda, quinta y sexta comunidad más importantes en 1992—, pese a no mostrar mayor variabilidad en los últimos 20 años, han sido totalmente desplazadas por los países latinoamericanos.

Gráfico 10
Chile: fuerza de trabajo inmigrante perteneciente a las siete principales comunidades,
1992, 2002 y 2015
(En porcentajes)

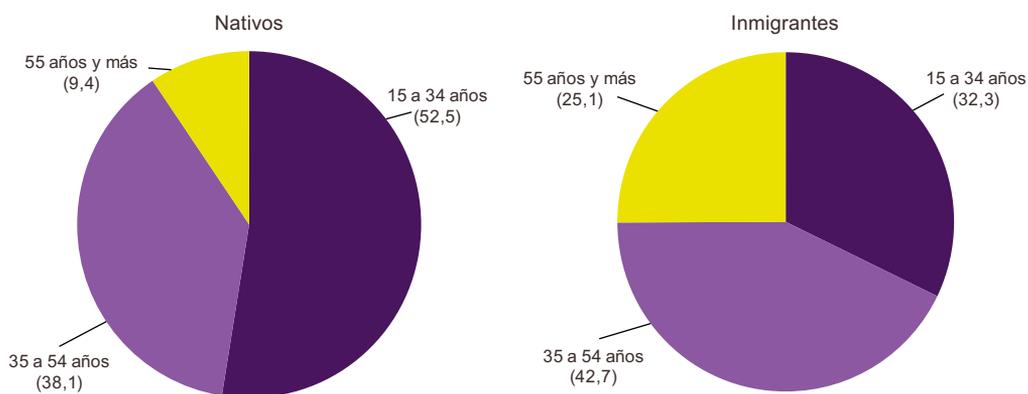


Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Instituto Nacional de Estadísticas de Chile (INE), Censo Nacional de Población y Vivienda 1992, Censo Nacional de Población y Vivienda 2002, Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN) 2015.

Como se ilustra en el gráfico 11, el envejecimiento demográfico está modificando progresivamente la estructura etaria de la población activa local. Entre 1992 y 2015, el grupo que registra el mayor crecimiento es el de 55 años y más (277%), lo sigue el segmento entre los 35 y 54 años (98%) y, finalmente, los jóvenes de 15 a 34 años (18%). Así, en poco más de dos décadas, el grupo de 55 años y más duplicó su representación en la fuerza de trabajo local, de un 9,4% a un 20,6%, aunque manteniéndose como la menor proporción. Los adultos entre 35 y 54 años, por su parte, pasaron de un 38,1% a un 43,6%, transformándose en la primera mayoría. El segmento de 15 a 34 años, en tanto, es el único cuya participación laboral disminuyó, pasando de un 52,5% a un 35,8%.

Gráfico 11
Chile: composición de la fuerza de trabajo, según origen migratorio
y grandes grupos de edad, 1992, 2002 y 2015
(En porcentajes)

A. 1992



B. 2002

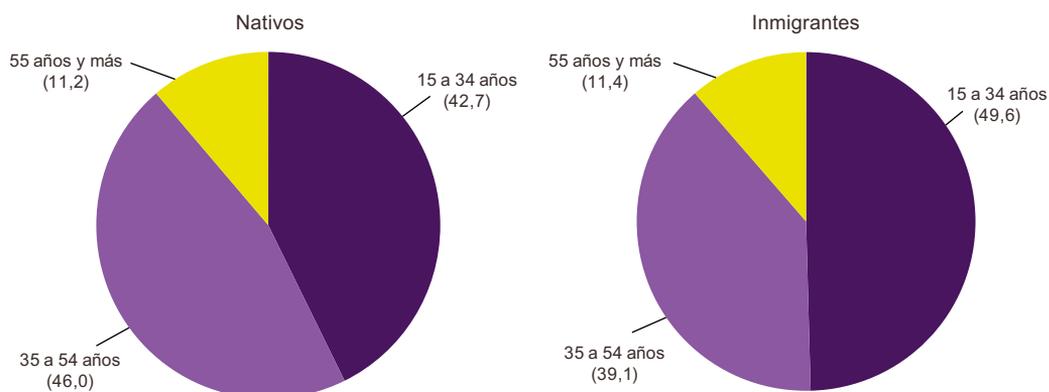
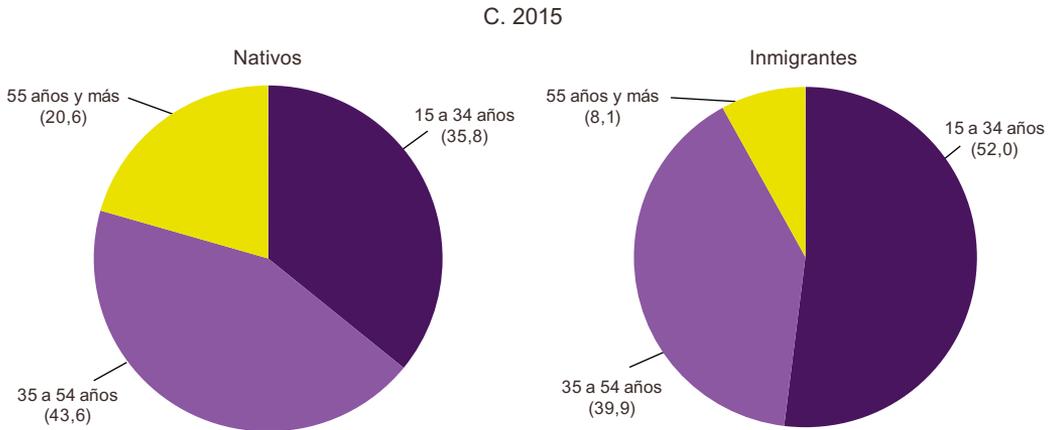


Gráfico 11 (conclusión)



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Instituto Nacional de Estadísticas de Chile (INE), Censo Nacional de Población y Vivienda 1992, Censo Nacional de Población y Vivienda 2002, Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN) 2015.

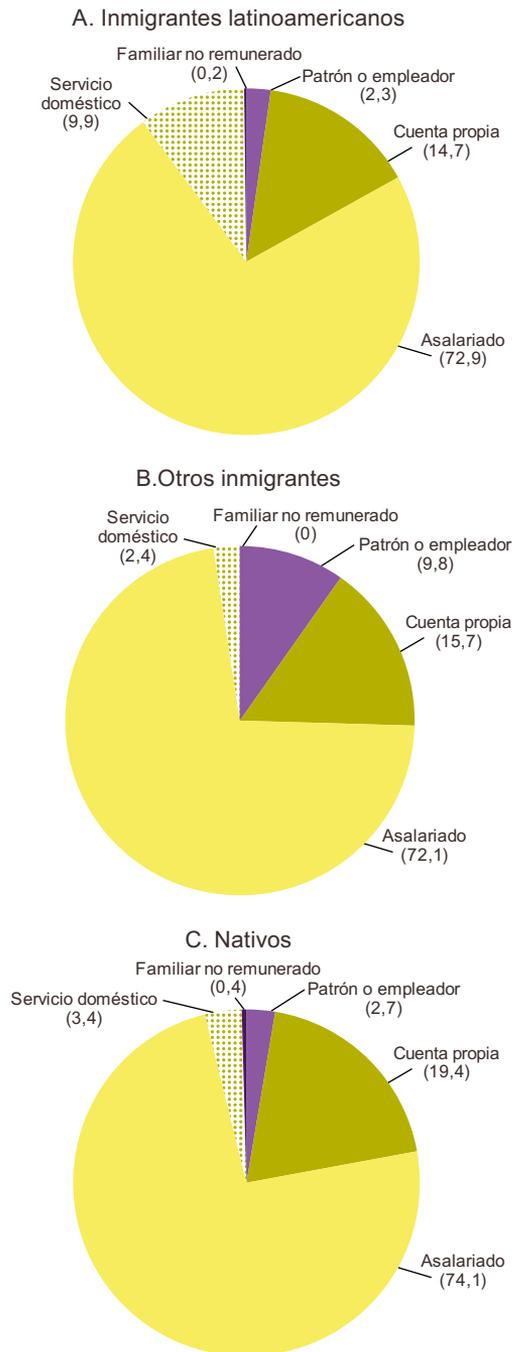
Si se compara la composición etaria de la fuerza laboral nativa con la extranjera, se identifica una tendencia opuesta. En el mismo período, entre la fuerza laboral extranjera la población mayor de 55 años disminuyó su participación de un 25,1% a tan solo un 8,1%. Asimismo, el grupo de entre 35 y 54 años pasó de representar un 42,7% a un 39,9% y, en sentido inverso, los jóvenes de 15 a 34 años, que constituían la segunda mayoría en 1992, pasaron de representar un 32,3% a un 52% en 2015 y se convirtieron en la primera mayoría.

Según Canales (2013), junto al envejecimiento poblacional que se produce en los países desarrollados, la dinámica económica global ha suscitado importantes modificaciones en la estructura productiva, generando una polarización ocupacional. Esta se manifiesta en dos procesos agregados: i) el desarrollo de empleos con alto contenido informacional, más calificados y valorados, y ii) el incremento de empleos con baja calificación, precarizados y con baja remuneración, entre los que destaca el servicio doméstico y de cuidado sobre el que se sostiene la reproducción de estas sociedades (Canales, 2015b).

Desde esa perspectiva, se analizará la distribución ocupacional de la fuerza de trabajo en Chile (véase el gráfico 12). Para ello, se subdividirá a la población en tres grupos, según origen migratorio en 2015: nativos, inmigrantes latinoamericanos pertenecientes a las siete principales comunidades (Perú, Colombia, Argentina, Estado Plurinacional de Bolivia, República Bolivariana de Venezuela, Ecuador y Haití) y otros inmigrantes. De este modo, se observa que en todos los grupos el mayor porcentaje trabaja como asalariado, seguido del empleo por cuenta propia. No obstante, las diferencias surgen en las categorías subsiguientes; nativos e inmigrantes latinoamericanos se ocupan —como tercera mayoría— en un 3,4% y un 9,9% en el servicio doméstico, respectivamente, mientras otros inmigrantes lo hacen —como cuarta mayoría— en un 2,4%. En otras palabras, los inmigrantes latinoamericanos prácticamente triplican la participación de los nativos en el servicio doméstico, a la vez que cuadruplican la de otros inmigrantes en esa misma categoría.

Gráfico 12

Chile: composición de la fuerza de trabajo, según origen migratorio y categoría ocupacional, 2015
(En porcentajes)



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Instituto Nacional de Estadísticas de Chile (INE), Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN) 2015.

En el cuadro 1 se presenta la distribución ocupacional de la fuerza laboral en Chile, según la condición migratoria, en los años 1992 y 2015. A grandes rasgos, los nativos disminuyen marginalmente su representación en todas las categorías ocupacionales remuneradas, pero destaca la reducción de 6,5 puntos porcentuales —pasando del 96% al 89,5%— dentro del personal de servicio doméstico. Como contrapartida, son los inmigrantes quienes han absorbido dichos empleos, particularmente, los latinoamericanos pertenecientes a las siete principales comunidades en 2015. En efecto, en 1992, dichas comunidades representaban apenas un 0,2% del trabajo doméstico realizado en Chile, pero en 2015 alcanzaron un 8,7%. Si se considera el total de inmigrantes, la proporción se incrementa de un 0,3% a un 9,2%.

Cuadro 1

Chile: distribución ocupacional de la fuerza de trabajo, según origen migratorio, 1992 y 2015
(En porcentajes)

	Nativos		Inmigrantes latinoamericanos (siete principales comunidades ^a)		Otros inmigrantes		Origen ignorado	
	1992	2015	1992	2015	1992	2015	1992	2015
Patrón o empleador	94,7	93,5	0,7	2,6	2,1	2,6	2,5	1,3
Trabajador por cuenta propia	97,2	96,1	0,4	2,4	0,5	0,6	1,9	0,9
Asalariado	97,8	95,3	0,3	3,1	0,4	0,7	1,6	0,9
Personal de servicio doméstico	96,0	89,5	0,2	8,7	0,1	0,5	3,7	1,3
Familiar no remunerado	95,1	96,6	0,3	1,5	0,4	0,0	4,2	1,9

Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Instituto Nacional de Estadísticas de Chile (INE), Censo Nacional de Población y Vivienda 1992, Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN) 2015.

^a Perú, Colombia, Argentina, Estado Plurinacional de Bolivia, República Bolivariana de Venezuela, Ecuador y Haití.

1. Tendencias del mercado laboral en Chile: ¿déficit de mano de obra?

Se ha argumentado que los cambios demográficos acontecidos en los países desarrollados podrían estar generando desequilibrios en el mercado del trabajo. Por ello, resulta relevante examinar qué posibilidades tiene Chile de satisfacer sus requerimientos laborales futuros de manera interna o bien a través de inmigrantes que recompongan su estructura etaria. Se utilizarán estimaciones y proyecciones provenientes del CELADE-División de Población de la CEPAL, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y la Nueva Encuesta Nacional de Empleo (NENE) para proponer escenarios prospectivos que permitan sopesar el efecto demográfico y económico sobre el equilibrio entre la oferta y la demanda de mano de obra en Chile¹⁴.

¹⁴ Fuentes utilizadas en función de la disponibilidad de datos.

2. Estimaciones y proyecciones de la oferta laboral

En Chile, la oferta laboral ha experimentado tendencias diversas en términos de género y edad. De acuerdo con las estimaciones proporcionadas por el CELADE-División de Población de la CEPAL, la población activa aumentó 3,7 millones —de 4,8 a 8,5 millones— entre 1990 y 2015. En promedio, la tasa de actividad se incrementó 8 puntos porcentuales durante los últimos 25 años, pasando de un 51,8% a un 60,1%. Al descomponer esta tasa, se observa que la mayor contribución provino de las mujeres, quienes habrían aportado 1,9 millones (51,8%) a las tasas de actividad económica crecientes (de un 29,8% en 1990 a un 46,3% en 2015); no obstante, su participación aún permanece baja, tanto para los estándares de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) como los latinoamericanos. Los hombres, por su parte, presentan una participación relativamente estable (de un 75,1% en 1990 a un 74,4% en 2015) y, aunque continúan superando a las mujeres, la brecha entre ambos ha disminuido de manera significativa.

En el caso de los hombres, el crecimiento de la población activa entre 1990 y 2015 (52,8%) ha compensado el leve descenso de las tasas de participación (-0,7%), mientras que para las mujeres el incremento de las tasas de participación (55,8%) ha sido potenciado por la mayor fuerza de trabajo (135,7%).

El gráfico 12 ilustra el efecto demográfico sobre la participación laboral en Chile. Si las tasas de participación —por sexo y edad— se mantuvieran constantes de 2015 a 2050, la fuerza de trabajo total caería en todo el período con respecto a las proyecciones del CELADE-División de Población de la CEPAL (véase el gráfico 13.A). Como se observa, según estas últimas, se pasa de un contingente laboral de 8,5 a 11,2 millones entre 2015 y 2050, mientras que en un escenario de tasas constantes se alcanzaría un máximo de 9,4 millones en 2038, para descender progresivamente hasta 9,2 millones en 2050 (-17,8%). En otras palabras, el envejecimiento poblacional, por sí solo, provocaría una reducción absoluta de mano de obra, visible en poco más de dos décadas. Es evidente que los cambios de las tasas de participación tienen gran capacidad para modificar las tendencias futuras de oferta laboral generadas por la demografía.

En el caso de las mujeres (véase el gráfico 13B), su representación dentro de la fuerza de trabajo caería 9,5 puntos porcentuales hacia el año 2050 (del 47% al 37,5%), simplemente como resultado del envejecimiento poblacional. Dicha diferencia reside en el crecimiento general de la tasa de participación laboral femenina (del 46,3% en 2015 al 59,2% en 2050), principalmente debido a una incorporación significativa de mujeres de más de 60 años, que prevé el CELADE-División de Población de la CEPAL. La mano de obra masculina, en contraste, registraría una disminución marginal, pues el CELADE-División de Población de la CEPAL prevé un descenso moderado de las tasas de actividad (del 74,4% en 2015 al 67,8% en 2050) (véase el gráfico 13C).

Entre 1990 y 2015, la participación de los jóvenes (de 15 a 34 años) fue baja, pero creciente, en el caso de las mujeres (del 32,4% al 50,2%) y relativamente alta y estable en

el de los hombres (del 71,7% al 70,5%). El segmento intermedio (de 35 a 54 años) presentó la misma tendencia, aunque con un leve aumento entre las mujeres (del 36,9% al 59,7%) y una participación aún considerablemente superior de los hombres (del 94,1% al 93,5%). Los mayores de 55 años muestran la participación más baja, pero creciente tanto en mujeres (del 12% al 24,9%) como en hombres (del 49,5% al 53,1%).

Gráfico 13
Chile: estimaciones y proyecciones de la fuerza de trabajo, según sexo, 1990-2050
(En número de personas)

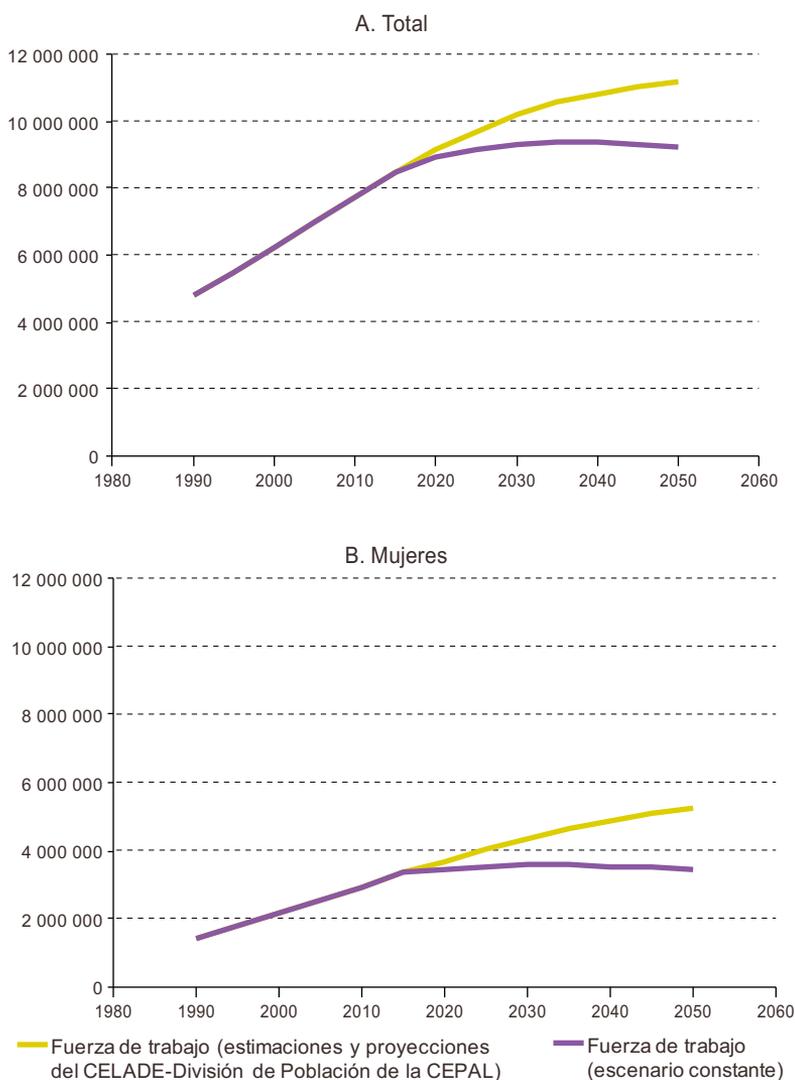
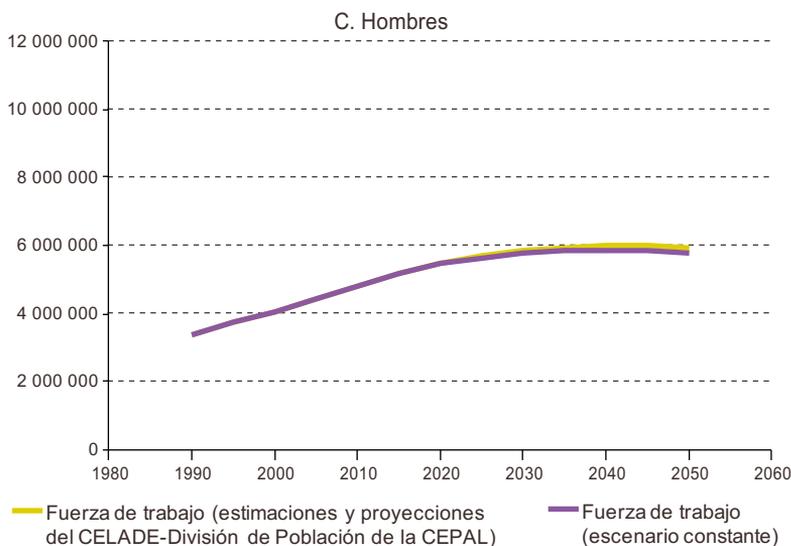


Gráfico 13 (conclusión)



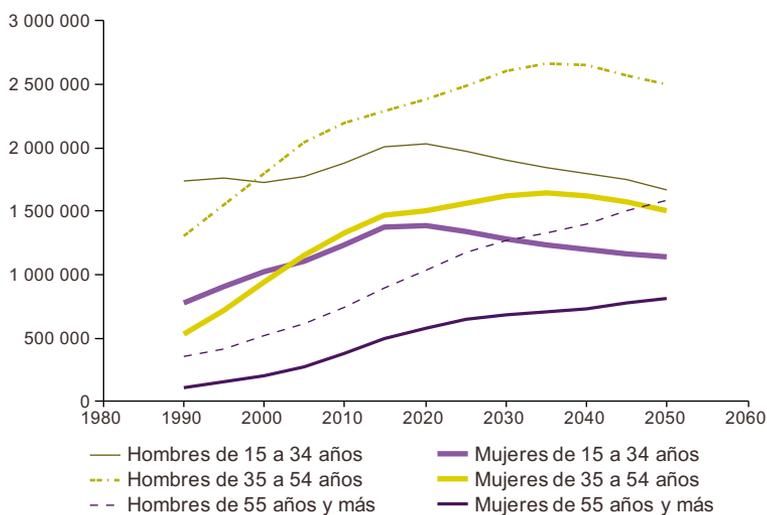
Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE)-División de Población de la CEPAL, "Estimaciones y proyecciones de población a largo plazo 1950-2100: Revisión 2015", Santiago, 2015.

En un escenario de tasas constantes, la reducción más temprana ocurriría en la cohorte joven (de 15 a 34 años). Esta tendría lugar en el primer quinquenio proyectado y se traduciría en una disminución absoluta en 2050 (un 17,2% en mujeres y un 16,5% en hombres). Para la cohorte intermedia (de 35 a 54 años) se observaría un decrecimiento paulatino desde la segunda mitad de la década de 1930, pero en 2050 aún se registraría un incremento absoluto, menos acentuado en mujeres que en hombres (un 2,9% y un 8,9%, respectivamente). Finalmente, la cohorte más avanzada (55 años y más) solo experimentaría un aumento progresivo, que produciría un crecimiento absoluto en 2050 (un 62,1% y un 78,6%, mujeres y hombres, respectivamente) (véase el gráfico 14).

Conforme a las estimaciones realizadas por el CELADE-División de Población de la CEPAL, a partir de 2010 se observa un descenso sostenido de las entradas netas al mercado laboral. Así, mientras en 1990 se registraba un ingreso anual de 129.936 nuevos trabajadores, en 2010 esta cifra asciende a 160.540 y en 2015 se reduce a 146.761. Si se asume que las tasas de participación laboral permanecen constantes en el nivel de 2015, desde el año 2039 los ingresos netos a la fuerza de trabajo se volverían persistentes y crecientemente negativos (véase el gráfico 15.A). En contraste, según el CELADE-División de Población de la CEPAL, esto solo ocurriría para los hombres desde el año 2044 (véase el gráfico 15B).

Evidentemente estas proyecciones omiten cualquier previsión sobre las tasas de actividad económica. Sin embargo, aunque es imposible predecir el futuro con absoluta certeza, existen ciertas tendencias instituidas, como la mayor participación laboral femenina en América Latina, que experimenta una convergencia hacia los niveles de la masculina como consecuencia del descenso de la fecundidad, el cambio en la composición de los hogares y el logro de una mayor educación y autonomía económica (Martínez, Miller y Saad, 2013).

Gráfico 14
Chile: estimaciones y proyecciones de la fuerza de trabajo, según sexo y grandes grupos de edad, 1990-2050^a
(En número de personas)



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE)-División de Población de la CEPAL, "Estimaciones y proyecciones de población a largo plazo 1950-2100: Revisión 2015", Santiago, 2015.

^a Con base en tasas de actividad económica constantes entre 2015 y 2050.

Gráfico 15
Chile: estimaciones y proyecciones de entradas netas anuales al mercado laboral, según sexo, 1990-2050
(En número de personas)

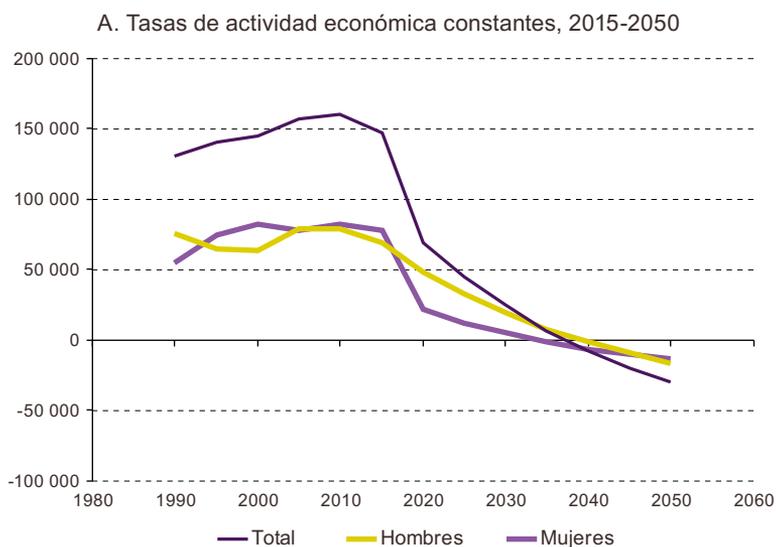
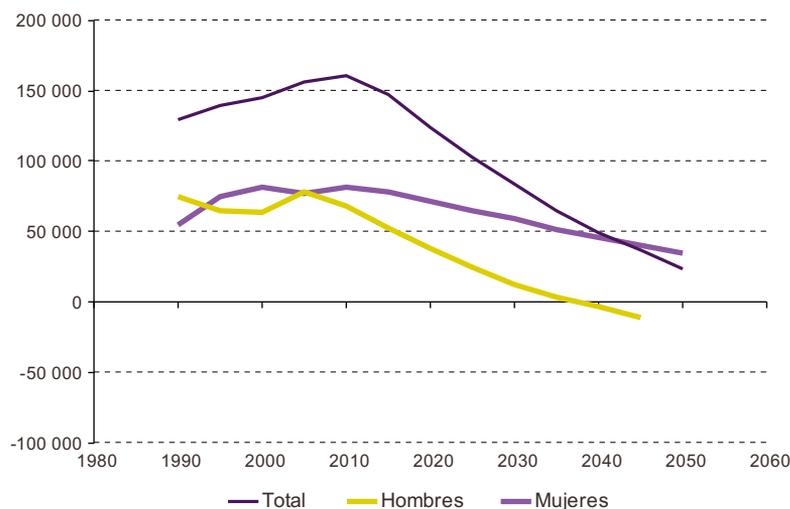


Gráfico 15 (conclusión)

B. Tasas de actividad económica proyectadas por el CELADE-División de Población de la CEPAL



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE)-División de Población de la CEPAL, "Estimaciones y proyecciones de población a largo plazo 1950-2100: Revisión 2015", Santiago, 2015.

En general, las proyecciones del CELADE-División de Población de la CEPAL registran una disminución moderada de las tasas de participación de los hombres de edades avanzadas (de 50 a 64 años), junto con aumentos más pronunciados entre los jóvenes de 15 a 19 años y, en menor medida, entre los mayores de 65 años, así como incrementos sostenidos en todas las edades de las mujeres, especialmente en los extremos de la población activa (de 15 a 19 años y desde los 55 años)¹⁵.

No obstante, estas previsiones no son dinámicas, en el sentido de que no incorporan el efecto de coyunturas económicas, cambios en tendencias socioculturales o incentivos de política pública sobre el ingreso o retiro laboral. Así, aunque no es posible afirmar que el cambio demográfico genere escasez de mano de obra, lo cierto es que ya ha reducido el ingreso de jóvenes a la fuerza de trabajo e, independientemente del escenario proyectado, se espera su declinación absoluta en el próximo quinquenio.

3. Estimaciones y proyecciones de la demanda laboral

Según las últimas estimaciones del Fondo Monetario Internacional (FMI), la economía mundial creció un 3,2% en 2015, mientras que el crecimiento de la economía chilena anotó

¹⁵ Las estimaciones y proyecciones del CELADE-División de Población de la CEPAL se elaboran con el método de componentes, que supone, en la estructura por sexo y edad, las variaciones de fecundidad, mortalidad y saldo migratorio internacional.

un 2,3%¹⁶. Para el año 2016 se proyectó una disminución marginal del crecimiento global (3,1%), el nivel más bajo de los últimos ocho años, y otra más pronunciada para el local (1,7%). Sin embargo, para el quinquenio 2017-2021 se anuncia un moderado repunte, que va de un 3,4% a un 3,8%, y de un 2% a un 3,4%, respectivamente. Esta proyección es significativamente inferior al ritmo de crecimiento previo a la crisis internacional de 2008 y también menos alentadora que las previsiones de hace un año. De hecho, las proyecciones de crecimiento han sido objeto de permanentes correcciones a la baja como consecuencia de la gran incertidumbre sobre la economía mundial (OIT, 2017), en particular por la orientación de las políticas del Gobierno entrante de los Estados Unidos y sus implicancias internacionales (FMI, 2017).

La Organización Internacional del Trabajo (OIT) señala que el declive de la economía mundial ha sido propiciado por la desaceleración de las economías emergentes y en desarrollo (OIT, 2016). Específicamente, alude al descenso de la inversión de capital a largo plazo, al envejecimiento demográfico, a la progresiva desigualdad y al debilitamiento de la productividad como los principales desencadenantes. A su vez, el impacto sobre la dinámica económica global de la ralentización del crecimiento económico de China sería muy potente; como consecuencia de la contracción de sus importaciones, los precios de las materias primas han descendido a niveles comparables a los de inicios de siglo, perjudicando a los países que las exportan, como Chile.

Asimismo, ante el desalentador escenario económico, el mercado laboral se ha visto gravemente deteriorado. Según la OIT, las deficiencias en el trabajo decente persisten y se reflejan en las altas tasas de desempleo y en los niveles de empleo vulnerable (OIT, 2016). Por ello, se prevé que el desempleo mundial —de un 5,7% en 2016— se mantenga elevado a corto plazo, pues el ritmo de crecimiento de la mano de obra rebasará la creación de empleo (OIT, 2017).

Así, el desempleo en Chile, que llegó a su nivel máximo en 2009 (9,7%), mostró una tendencia decreciente hasta el año 2013 (5,9%), pero ascendió nuevamente entre 2014 y 2016 (del 6,4% al 6,6%). Para el período 2017-2021, la OIT —a pesar de las mejoras pronosticadas en el crecimiento— prevé un incremento gradual del desempleo, del 6,8% al 7,3%. Las mujeres, que persistentemente han presentado niveles superiores a los experimentados por los hombres, podrían incluso exceder el 8% en 2021, mientras los hombres circundarían el 7% (véase el gráfico 16).

En un escenario de creciente desempleo, la posibilidad de un déficit de población activa parece aún distante. De hecho, una gran proporción del desempleo actual (unas 596.000 personas) se encuentra entre los menores de 25 años (unos 167.000), quienes presentaban una tasa del 16,6% en 2016. No obstante, esta cifra supera a la reducción demográfica neta de fuerza laboral proyectada para los jóvenes de entre 15 y 34 años en la próxima década (unos 119.000).

¹⁶ Véase Fondo Monetario Internacional (FMI), “World Economic Outlook Database”, octubre de 2016 [en línea] <https://www.imf.org/external/pubs/ft/weo/2016/02/weodata/index.aspx>.

Gráfico 16
Chile: estimaciones y proyecciones de las tasas de desempleo, 1991-2021
 (En porcentajes)



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Organización Internacional del trabajo (OIT), Base de datos ILOSTAT [en línea] <http://www.ilo.org/ilostat/faces/ilostat-home?locale=es>.

4. Desempleo oculto

Desde una perspectiva ampliada de subutilización laboral, el desempleo oculto incorpora la población desalentada —usualmente contabilizada como inactiva— dentro de la desocupada. Según la OIT (2013), la categoría de buscadores desalentados comprende a personas que están disponibles para trabajar pero no buscan empleo por motivos relacionados con el mercado laboral¹⁷ y, por tanto, constituyen una fuerza de trabajo potencial.

Para la Nueva Encuesta Nacional de Empleo (NENE), los desalentados no han buscado empleo en las últimas cuatro semanas porque creen que no lo encontrarán, pero estarían disponibles para iniciar un trabajo en las dos semanas siguientes. Así, para calcular el número de personas en situación de desaliento, se indagó en las razones que argumentan los inactivos para no buscar empleo o emprender una actividad independiente¹⁸. La condición necesaria que definirá un desalentado como potencial activo será su disponibilidad para comenzar a trabajar.

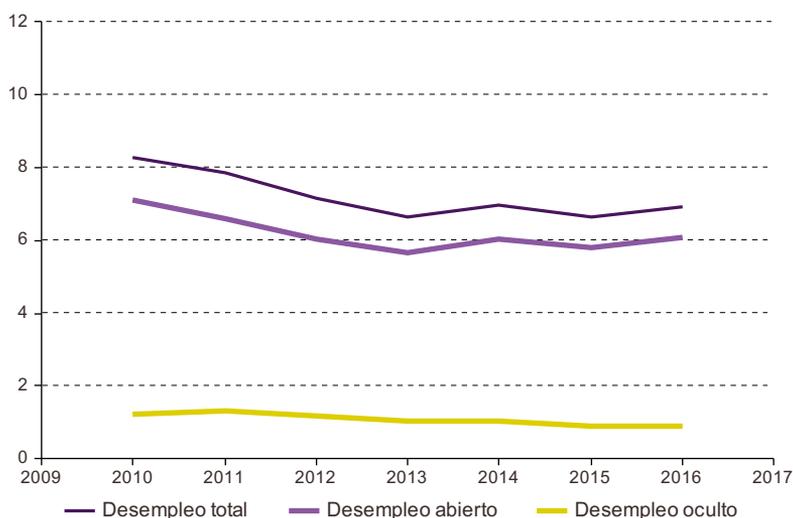
¹⁷ Entre estos motivos se incluyen: fracasos previos en la búsqueda laboral, falta de experiencia o de calificaciones o falta de empleos que se correspondan con las competencias laborales de las personas, escasez de oferta de empleo, pérdida reciente del empleo y cuestiones relacionadas con la edad (por ejemplo, ser considerados demasiado jóvenes o demasiado mayores para un puesto).

¹⁸ Se utilizó la pregunta E9 del cuestionario de la NENE: “¿Por qué razón no buscó un empleo o no ha hecho preparativos para iniciar o reanudar una actividad por cuenta propia durante las últimas cuatro semanas?” Se consideró como razones de desaliento: i) “cree que por su edad no le darán empleo”; ii) “cree que no lo encontrará”; iii) “se cansó de buscar”; iv) “cree que ningún empleo o actividad se adapte a su calificación”; v) “le piden demasiados trámites para iniciar una actividad por cuenta propia”, y vi) “no sabe dónde dirigirse ni a quién acudir”.

En el gráfico 17 se expresa el resultado de la tasa de desempleo oculto, abierto y total para el período 2010-2016. Como se observa, la sola tasa de desempleo abierto podría estar subestimando el grado de desaprovechamiento de la fuerza laboral en Chile. El desaliento cobra mayor relevancia entre las mujeres, que en 2016 presentan una tasa de desempleo oculto del 1,2%, mientras que la de los hombres alcanza el 0,7%. En términos etarios, si bien la mayor parte de los desalentados (58,6%) se sitúa al final de su etapa activa, de 55 años y más, una proporción no menor se ubica entre los 35 y 54 años (21,5%) y entre los 15 y 34 años (19,9%).

Una cuantía considerable de desalentados podría engrosar la población activa, por lo que constituirían un potencial demográfico adicional para contrapesar las eventuales presiones que ejercería el envejecimiento poblacional sobre el mercado laboral.

Gráfico 17
Chile: desempleo oculto, abierto y total, 2010-2016
(En porcentajes)



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Instituto Nacional de Estadísticas de Chile (INE), Nueva Encuesta Nacional de Empleo (NENE), 2010-2016 [en línea] <http://www.ine.cl/estadisticas/laborales/ene>.

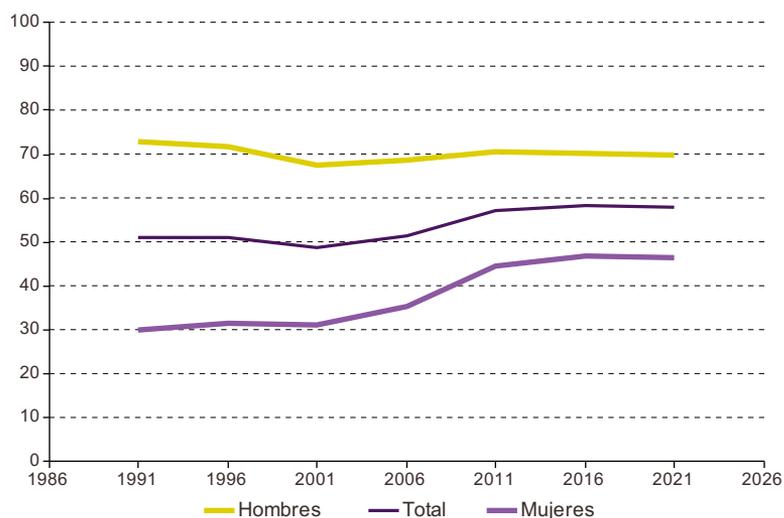
Dada la incertidumbre en torno a la economía, se presentan múltiples distribuciones de probabilidad de los escenarios futuros. La economía y, por tanto, la demanda laboral, está dominada por tendencias a corto y mediano plazo, así como por reajustes estructurales. Por ello, la predicción del nivel de empleo a largo plazo implica un alto grado de complejidad¹⁹.

De acuerdo a estimaciones realizadas por la OIT, la tasa de ocupación en Chile aumentó 7,4 puntos porcentuales —del 50,9% al 58,3%— entre 1991 y 2016. Las mujeres

¹⁹ Por ejemplo, Meller (2000) proyecta el empleo combinando dos técnicas predictivas: una basada en la influencia de la estructura productiva histórica chilena sobre la futura y otra, por analogía, sustentada en patrones similares de estructura económica entre países de la OCDE.

experimentaron un alza (del 30% al 47%) y los hombres un descenso (del 72,8% al 70,2%), pero aun así ellos casi duplican la tasa femenina. Para el quinquenio 2017-2021 se prevé un decrecimiento marginal de la ocupación; en promedio, caerá del 58,2% al 58%: en el caso de las mujeres será del 46,9% al 46,5% y en el de los hombres, del 70,1% al 69,8% (véase el gráfico 18). Si se consideran las proyecciones de oferta laboral elaboradas por la OIT, el superávit de mano de obra estimado en 2016 (unos 596.000) se ampliaría progresivamente hacia 2021 (unos 702.000).

Gráfico 18
Chile: estimaciones y proyecciones de las tasas de ocupación, 1991-2021
(En porcentajes)



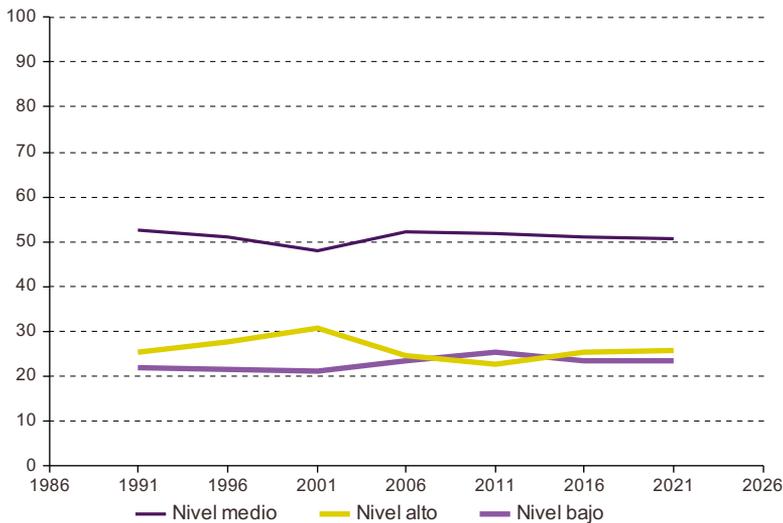
Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Organización Internacional del trabajo (OIT), Base de datos ILOSTAT [en línea] <http://www.ilo.org/ilostat/faces/ilostat-home?locale=es>.

A primera vista podría parecer que existen pocas oportunidades, al menos en el mediano plazo, de que se configure un escenario de desequilibrio demográfico que genere escasez de mano de obra. Sin embargo, incluso en un contexto de creciente fuerza laboral y desempleo, esta escasez podría surgir debido a la falta de trabajadores que cuenten con las competencias requeridas por la economía. Según Castells (2004), el surgimiento de la economía informacional ha incrementado los empleos en los extremos de la estructura ocupacional. Por lo tanto, cabría esperar un creciente predominio de los puestos de alta y baja calificación y, según Sassen (2007), que estos últimos sean canalizados a trabajadores migrantes.

Las estimaciones realizadas por la OIT entre 1991 y 2016 indican que el empleo de baja calificación experimentó el mayor aumento (90,2%), seguido del empleo de alta (74,5%) y media calificación (70,6%). Para el quinquenio 2017-2021 se prevé un cambio de tendencias, pues serían los empleos de alta calificación los que manifestarían un mayor crecimiento

(6,5%), seguidos de los de baja (4,4%) y media calificación (3,6%) (véase el gráfico 19). A pesar de ello, la representación de cada categoría no cambiará sustancialmente y los empleos de nivel medio continuarán predominando. Para Castells (2004), aunque existen signos de polarización socioeconómica en las sociedades avanzadas, esta no se configura como divergencias en la estructura ocupacional, sino como diferentes posiciones de ocupaciones similares entre sectores y firmas.

Gráfico 19
Chile: estimaciones y proyecciones de la distribución del empleo, según nivel de calificación, 1991-2021
(En porcentajes)



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Organización Internacional del trabajo (OIT), Base de datos ILOSTAT [en línea] <http://www.ilo.org/ilostat/faces/ilostat-home?locale=es>.

C. Conclusiones y principales hallazgos

El objetivo principal de este trabajo consistió en indagar sobre el grado en que se han desarrollado los cambios sociodemográficos en Chile durante el último medio siglo, abordando de manera exploratoria las dinámicas entre migración internacional, envejecimiento poblacional y la posibilidad de una segunda transición demográfica.

Los datos recopilados apuntan a la incipiente configuración de una segunda transición demográfica en Chile. En términos de Van de Kaa (2002), se satisfacen en gran medida tres de las cuatro modificaciones estructurales que presentan las sociedades avanzadas insertas en este proceso. En efecto: i) aunque el descenso de la mortalidad —infantil, en particular— ha sido sistemático en toda América Latina, Chile registra un nivel más próximo al de países desarrollados que al promedio regional; ii) la fecundidad —global y por edades— ha

disminuido progresivamente, estabilizándose desde hace una década y media por debajo del nivel de reemplazo poblacional, y iii) el país ha experimentado además importantes transformaciones en la conformación tradicional de sus familias. No obstante, aún no se ha consolidado como país receptor de migración como es el caso de los países desarrollados, que presentan una incidencia notoriamente superior.

Con relación al envejecimiento demográfico en Chile, los datos muestran un incremento sostenido y que se distancia progresivamente del promedio latinoamericano, pero que está lejos de alcanzar las proporciones de las sociedades avanzadas. Actualmente, la cantidad de menores de 15 años duplica a la de personas mayores de 65 años, mientras en España ya se ha invertido esta relación. Según las proyecciones del CELADE-División de Población de la CEPAL, Chile podría comenzar a presentar niveles de envejecimiento como los exhibidos actualmente por España entre 2025 y 2030.

Según Reboiras (2015), el envejecimiento demográfico de un país podría influir en la propensión de la inmigración, así como en las formas de inserción laboral de los migrantes. En este sentido, el análisis de la fuerza laboral inmigrante en Chile arroja hallazgos interesantes. En primera instancia, el envejecimiento poblacional estaría modificando progresivamente la estructura etaria de la población activa local, lo que se expresa en el incremento de la fuerza laboral de mayor edad frente al declive de los grupos jóvenes. Aunque no es posible afirmar que un desequilibrio demográfico esté promoviendo una complementariedad etaria entre mano de obra nativa y extranjera, se visualiza una tendencia creciente hacia la incorporación de trabajadores jóvenes provenientes del resto de la región. En efecto, la fuerza de trabajo inmigrante ha experimentado un notable proceso de homogeneización hacia un carácter latinoamericano, explicado por el mayor predominio sudamericano y el prominente flujo de inmigrantes centroamericanos.

Para identificar indicios de una dinámica de polarización ocupacional en Chile en la que los inmigrantes tienden a situarse en el extremo inferior de la estratificación (Sassen, 2007; Canales, 2013), se analizó la distribución ocupacional de la fuerza laboral en función del origen migratorio. Como resultado, se observa que los inmigrantes latinoamericanos pertenecientes a las siete comunidades con mayor participación laboral en 2015 —Perú, Colombia, Argentina, Estado Plurinacional de Bolivia, República Bolivariana de Venezuela, Ecuador y Haití— prácticamente triplican la representación de nativos en el servicio doméstico y cuadruplican la de otros inmigrantes. Asimismo, entre 1992 y 2015, la proporción de los trabajadores locales ha disminuido dentro de esta categoría, en el mayor descenso experimentado en una categoría ocupacional. Como contrapartida, los inmigrantes latinoamericanos, especialmente las mujeres, han absorbido dichos empleos.

Retomando la hipótesis de Canales (2015b), la migración hacia países desarrollados estaría contribuyendo a compensar la escasez estructural de mano de obra generada por el envejecimiento poblacional y su conjugación con la segunda transición demográfica, expresada en el pronunciado declive de la fecundidad. Sin embargo, en el caso de Chile, parece que existen pocas oportunidades, al menos en el mediano plazo, de configurar tal desequilibrio. Lo cierto es que el envejecimiento demográfico, por sí solo, provocaría una

reducción absoluta de la población activa en poco más de dos décadas. Consecuentemente, los cambios en las tasas de participación tienen gran capacidad para modificar las tendencias futuras de oferta laboral generadas por la demografía. Por ahora, los datos indican que el cambio demográfico ha reducido la incorporación de jóvenes a la fuerza laboral y causará su declinación absoluta en el próximo quinquenio.

Incluso en un contexto de creciente fuerza laboral y desempleo, la escasez laboral podría surgir debido a la falta de trabajadores que cuenten con las competencias exigidas por la economía. En este sentido, resultaría interesante estimar las conexiones futuras entre el crecimiento de empleos de baja calificación y la contratación de trabajadores migrantes.

Para compensar el déficit laboral, los países desarrollados han promovido reformas que fomentan la participación laboral de las personas mayores, como incrementar la edad legal de jubilación (Cooke, 2006). En Chile la discusión está instalada; sin embargo, una medida de este tipo parece un sinsentido cuando se observa que la edad de retiro efectiva es de 67 años para las mujeres y 68,4 años para los hombres (7 y 3,4 años por encima de la edad legal, respectivamente), lo que lo sitúa como el quinto país de la OCDE con mayor edad de salida (OCDE, 2015). No obstante, surgen múltiples alternativas de política pública que podrían ser incluso más eficaces, como estimular el ingreso al mercado laboral de aquellos grupos que históricamente presentan bajas tasas de participación (mujeres y jóvenes), incrementar la productividad mediante la inversión en tecnología y capital humano, fomentar la natalidad y promover la inmigración.

¿Qué dinámicas demográficas podrían configurarse en Chile? Si bien la transición hacia el envejecimiento de su población es evidente, a la vez que la adopción de nuevas pautas reproductivas —en el marco de una incipiente segunda transición demográfica— ha acentuado la disminución de su fecundidad, Chile no ha articulado un contexto de dependencia demográfica que exprese un déficit de población en edades reproductivas y activas, comprometiendo su capacidad de reproducción natural y económica, como sí ha ocurrido en el caso de los países desarrollados (Canales, 2015a). Presenta, sin embargo, un flujo creciente de inmigrantes de origen latinoamericano que, aunque no estaría contribuyendo a solventar déficit demográfico alguno, sí estaría aportando una mano de obra que permite su reproducción.

Bibliografía

- Bauman, Z. (2003), *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Bongaarts, J. (2001), "Fertility and reproductive preferences in post-transitional societies", *Population and Development Review*, vol. 27, suplemento, Nueva York, Consejo de Población.
- Cabré, A. y A. Domingo (2002), "Flujos migratorios hacia Europa: actualidad y perspectivas", *Arbor*, vol. 172, N° 678, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).
- Camisa, Z. (1975), "Introducción al estudio de la fecundidad", *Serie B*, N° 1007, San José, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE)-División de Población de la CEPAL, abril.
- Canales, A. (2016), "La migración internacional en los modelos neoclásicos", *Debates contemporáneos sobre migración internacional*, Ciudad de México, M.A. Porrúa.
- (2015a), "El papel de la migración en el sistema global de reproducción demográfica", *Notas de Población*, N° 100 (LC/G.2640-P), Santiago, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE)-División de Población de la CEPAL, enero-junio.
- (2015b), *E pur si muove: elementos para una teoría de las migraciones en el capitalismo global*, Ciudad de México, M.A. Porrúa, junio.
- (2013), "Migración y desarrollo en las sociedades avanzadas: una mirada desde América Latina", *Polis*, vol. 12, N° 35, Santiago, Universidad de Los Lagos.
- Castells, M. (2004), *La era de la información: economía, sociedad y cultura: volumen 1*, Ciudad de México, Siglo XXI.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2014), "La nueva era demográfica en América Latina y el Caribe: la hora de la igualdad según el reloj poblacional" (DDR/2(MDP.1)), documento preparado para la Primera Reunión de la Mesa Directiva de la Conferencia Regional sobre Población y Desarrollo de América Latina y el Caribe, Santiago, 12 a 14 de noviembre.
- (2008), *Transformaciones demográficas y su influencia en el desarrollo en América Latina y el Caribe* (LC/G.2378(SES.32/14)), Santiago.
- CEPAL/OIJ (Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Organización Iberoamericana de Juventud) (2012), *Juventud y bono demográfico en Iberoamérica* (LC/L.3575), Madrid, noviembre.
- Chackiel, J. (2004), "La dinámica demográfica en América Latina", *serie Población y Desarrollo*, N° 52 (LC/L.2127-P), Santiago, Comisión para América Latina y el Caribe (CEPAL), mayo.
- Chesnais, J. C. (1990), "El proceso de envejecimiento de la población", *Serie E*, N° 35, (LC/DEM/G.87), Santiago, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE)-División de Población de la CEPAL.
- Coleman, D. (2004), "Why we don't have to believe without doubting in the 'Second Demographic Transition': some agnostic comments", *Vienna Yearbook of Population Research*, vol. 2, N° 1, Viena, Instituto de Demografía de Viena.
- Cooke, M. (2006), "Policy Changes and the Labour Force Participation of Older Workers: Evidence from Six Countries", *Canadian Journal on Aging*, vol. 25, N° 4, Toronto, Asociación Canadiense de Gerontología.
- FMI (Fondo Monetario Internacional) (2017), "Perspectivas de la economía mundial al día. Actualización de las proyecciones centrales: la recuperación se está afianzando", julio [en línea] <http://www.imf.org/es/Publications/WEO/Issues/2017/07/07/world-economic-outlook-update-july-2017>.
- Inglehart, R. (1997), *Modernization and Postmodernization. Cultural, Economic, and Political Change in 43 Societies*, Princeton, Princeton University Press.

- Martínez, C., T. Miller y P. Saad (2013), “Participación laboral femenina y bono de género en América Latina”, *Documentos de Proyectos* (LC/W.570), Santiago, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), diciembre.
- Meller, P. (2000), *Escenarios de empleo futuro en Chile: año 2010*, Santiago, Universidad de Chile/Ministerio de Desarrollo Social.
- Naciones Unidas (2015), *World Population Prospects: The 2015 Revision*, Nueva York.
- OCDE (Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos) (2015), *Pensions at a Glance 2015: OECD and G20 Indicators*, París, diciembre.
- OIT (Organización Internacional del Trabajo) (2017), *World Employment and Social Outlook: Trends 2017*, Ginebra, enero.
- (2016), *World Employment and Social Outlook: Trends 2016*, Ginebra, enero.
- (2013), Informe II. Estadísticas del trabajo, el empleo y la subutilización de la fuerza de trabajo. Informe para la discusión en la 19a Conferencia Internacional de Estadísticos del Trabajo (Ginebra, 2 a 11 de octubre de 2013) (ICLS/19/2013/2), Ginebra.
- Reboiras, L. (2015), “Migración internacional y envejecimiento demográfico en un contexto de migración Sur-Sur: el caso de Costa Rica y Nicaragua”, *serie Población y Desarrollo*, N° 110 (LC/L.4092), Santiago, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE)-División de Población de la CEPAL.
- Sassen, S. (2007), *Una sociología de la globalización*, Buenos Aires, Katz Editores.
- Van de Kaa, D. (2002), “The idea of a second demographic transition in industrialized countries”, documento presentado en el “Sixth Welfare Policy Seminar of the National Institute of Population and Social Security”, Tokio, 29 de enero.
- Villa, M. y D. González (2004), “Dinámica demográfica de Chile y América Latina: una visión a vuelo de pájaro”, *Revista de Sociología*, N° 18, Santiago, Universidad de Chile.
- Zavala de Cosío, M. (1992), “La transición demográfica en América Latina y en Europa”, *Notas de Población*, N° 56 (LC/DEM/G.132), Santiago, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE)-División de Población de la CEPAL.